



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica

Especialidad Historia de la Filosofía y del

Pensamiento contemporáneo

Trabajo Fin de Máster

La penumbra salvadora

Un acercamiento a la razón poética de María Zambrano

Autor: Carlos Elío Mendizábal

Tutor: Rafael Herrera Guillén

Madrid, 1 septiembre 2013

RESUMEN

La “razón poética” de María Zambrano constituye el método propuesto por la filósofa malagueña para tratar de acceder al ser en toda su heterogeneidad. El presente texto trata de analizar el método utilizado por María Zambrano, haciendo hincapié en su crítica al planteamiento filosófico occidental. María Zambrano reivindica una nueva forma de entender la filosofía profundamente crítica con la visión tradicional del filosofar que ha reducido el ser al pensar. La “razón poética” de María Zambrano implica una apuesta por “desentrañar” aquellos ámbitos del ser que permanecen ocultos en la penumbra, y que no son susceptibles de emerger a través de la razón discursiva. En este sentido supone un intento original y riguroso de abrir nuevos caminos al pensamiento filosófico.

ABSTRACT

María Zambrano's "poetic reasoning" constitutes the method proposed by the malaguenian philosopher in order to try to access the "being" in all its heterogeneity. The present text tries to analyze the method proposed by María Zambrano, enhancing her criticism to the western philosophic approach, taking into account the historical setting she had to live in as well as the philosophical influences she received. María Zambrano reclaims a new way to understand philosophy, she is deeply critical of the traditional view of philosophizing, which has reduced "being" to "thinking". The "poetic reasoning" by María Zambrano implies a challenge to puzzle out the parts of the "being" which keep hidden in the shade and that are not possible to emerge through discursive reasoning. In this sense it means an original and serious attempt to open new paths to the philosophic thought.

Índice:

1. INTRODUCCIÓN	pág.	4
1.1. Justificación del tema	pág.	4
1.2. María Zambrano y la filosofía Española del siglo XX.....	pág.	7
1.2.1. <i>La influencia de Machado y Unamuno</i>	pág.	7
1.2.2. <i>El magisterio de Ortega y la Escuela de Madrid</i>	pág.	11
1.2.3. <i>La impronta de Zubiri</i>	pág.	14
2. EL EXILIO: EXPERIENCIA VITAL Y METAFÍSICA	pág.	15
3. HACIA UNA NUEVA RAZÓN	pág.	19
3.1. La poesía como revelación.....	pág.	19
3.2. “Filosofía y poesía”.....	pág.	24
3.2.1. <i>Lenguaje y verdad</i>	pág.	28
3.2.2. <i>El mundo literario</i>	pág.	32
3.2.3. “ <i>Metáfora viva</i> ”.....	pág.	36
3.2.4. <i>La razón poética como método</i>	pág.	39
3.3. “Poema y sistema”.....	pág.	43
3.4. “El sueño creador”.....	pág.	46
3.5. “El hombre y lo divino”.....	pág.	49
4. CONCLUSIONES	pág.	53
 BIBLIOGRAFÍA	pág.	57

1. INTRODUCCIÓN:

1.1. Justificación del tema

Al aproximarnos a la vida y a la obra de María Zambrano, pronto tomamos conciencia de su carácter singular dentro del panorama filosófico español. Son muchos los aspectos que hacen de María Zambrano “un caso aparte” en la filosofía española contemporánea, y acaso sea ésta, su singularidad, una de las razones del injusto olvido en que se mantuvo su obra durante muchos años, aunque también del posterior entusiasmo que ha provocado su recuperación (1). Singularidad, en cuanto a su planteamiento filosófico, pero también en cuanto a su manera de llevarlo a efecto a través de un discurso, en ocasiones enigmático y difícil, pero siempre sugerente.

La filosofía de María Zambrano, aun partiendo de unos referentes concretos, que en mayor o menor medida siempre asumió y tuvo en cuenta, sigue una deriva propia, personal. Su obra, a veces nos da la impresión de pretender exceder el ámbito de lo filosófico, no sólo por cuestiones de fondo sino también por cuestiones formales: su decir hermético, su lenguaje etéreo y poetizante nos transportan fuera de lo que, por lo menos en Occidente, se viene entendiendo habitualmente por filosofía. En todo caso, y haciéndonos eco de la célebre frase de Fichte “*Que clase de filosofía se elige depende de qué clase de hombre se es*”, hay que reconocer que, en María Zambrano, la filosofía va más allá de un pretendido saber intelectual y que nos encontramos en presencia de un filosofar que responde, en última instancia, a una necesidad hondamente sentida. Y es esta conjunción entre pensamiento y sentimiento un rasgo característico de la autora.

(1) Fundamentalmente a partir de la publicación en 1966 de un artículo de José Luis López Aranguren “Los sueños de María Zambrano”. Aunque ya anteriormente su obra había sido objeto de atención por parte de algunos autores, así Muñoz Alonso que publicó en 1.959 su estudio crítico “María Zambrano” en *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo*.

En este mismo sentido, se manifiesta Unamuno, autor que va a tener una influencia decisiva en María Zambrano, al afirmar: “*Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma*” (2).

Pero vayamos por partes, antes de introducirnos en su pensamiento, conviene acotar en que aspecto o aspectos del mismo nos vamos a centrar y para ello es preciso reconocer, y así ya anticipamos la temática fundamental del presente trabajo, que al referirnos a la “razón poética” estamos ya mencionando el vehículo que conduce su pensamiento y, en cierta forma, aquello que vertebra toda su obra filosófica. Razón poética que no aparece expuesta de manera sistemática en ninguna de sus obras pero que no obstante impregna, de manera evidente, casi todas ellas.

También, conviene señalar el criterio que vamos a seguir al enfrentarnos a una obra que, por su propia esencia, hay quienes entienden que se presta poco a cualquier intento de abordaje mediante la razón discursiva y que, en ocasiones, requiere más un acercamiento intuitivo. En cualquier caso, y siguiendo las recomendaciones de Aranguren, entendemos que es aconsejable no ceñirse a la simple exégesis pero tampoco quedarse en la mera glosa (3). Tratar de comprender el pensamiento poético de María Zambrano implica una actitud de acercamiento cordial, pero sin renunciar por ello al espíritu histórico-crítico.

María Zambrano va a intentar, lúcidamente, una comprensión del ser humano, es la suya una antropología abarcadora de todos aquellos aspectos que a lo largo de la historia han ido configurando el humano vivir. Desde el fondo generador de lo sagrado, donde el hombre se siente inmerso, “instalado como en una placenta”, hasta el vacío de la orfandad recién descubierta en su corazón y la búsqueda de la plenitud que llega con la aceptación del propio destino. En esta tarea, el hombre no está solo,

(2) Miguel de Unamuno, “*Del sentimiento trágico de la vida*”. Ediciones folio, Barcelona 2002, pág. 6.

(3) J.L.L Aranguren, “*Los sueños de María Zambrano*”, *Revista de Occidente* (Madrid), Año IV, 2.^a época, Nº 35, Febrero 1966, pp. 207-212.

participa junto a los demás hombres de esta perplejidad inicial.

El hombre ha de ir haciéndose no ya su vida, sino proseguir su no acabado nacimiento; ha de ir naciendo a lo largo de su vida, mas no en soledad, sino con la responsabilidad de ver y ser visto, de juzgar y ser juzgado, de tener que edificar un mundo en el que pueda quedar encerrado este ser prematuramente nacido, sin tiempo, sin libertad, y en esa situación entrar en el gran teatro del mundo sin saber tampoco su papel a representar (María Zambrano, *“El sueño creador”*, Turner, Madrid 1986, pág. 27).

El título del trabajo, recoge una expresión utilizada por la propia María Zambrano en el prólogo que escribe, ya de vuelta del exilio, para una nueva edición de su libro *“Filosofía y poesía”*: *“...he preferido la oscuridad que en un tiempo ya pasado descubrí como penumbra salvadora, que andar errante, solo, perdido, en los infiernos de la luz”*. María Zambrano, quiere ensanchar el cauce de la razón, no le basta un discurrir selectivo que olvida, en palabras de Pascal, *“las razones del corazón”*. En su obra hay una apuesta por desentrañar, por evidenciar aquello que permanece oculto en las entrañas y que constituye nuestro ser en la sombra. Para ello, no le basta la *“razón vital”* de Ortega, le es necesaria una razón capaz de llegar donde no llega la razón discursiva, una razón que anuncia ya en su libro *“Hacia un saber sobre el alma”*.

Era necesario topar con esta nueva revelación de la Razón a cuya aurora asistimos como Razón de toda la vida del hombre. Dentro de ella vislumbramos que sí va a ser posible este saber tan hondamente necesitado. El cauce que esta verdad abre a la vida va a permitir y hasta a requerir que el fluir de la *“psique”* corra por él. Tal es nuestra esperanza” (María Zambrano, *“Hacia un saber sobre el alma”*. Alianza editorial, Madrid 2008, pág. 30)

1.2. María Zambrano y la filosofía Española del siglo XX

1.2.1. *La influencia de Machado y Unamuno*

Para analizar el pensamiento de María Zambrano es preciso, previamente, situar a esta autora en el contexto vital y cultural en el que nació y vivió. Solamente de esta manera podremos tener una idea clara de su importante labor en el ámbito de la filosofía española del siglo XX. Como otros intelectuales de su tiempo, es consciente de la “crisis histórica” por la que atraviesa nuestro país y el resto de Europa desde finales del siglo XIX y principios del XX, así como de las repercusiones de la misma en todos los aspectos, incluido el político y el filosófico. Aunque más joven, participa de la preocupación “regeneracionista” de los autores de la Generación del 98 como Ángel Ganivet, Valle Inclán, Miguel de Unamuno o Antonio Machado. La crítica hacia el racionalismo constituye, en gran medida, el punto de arranque para su reivindicación de un “logos sumergido” que ha sido olvidado en aras de una pretendida “razón omnicomprendiva”, y sin embargo alejada de la única “realidad radical”: la propia vida. Pero en María Zambrano, a diferencia de otros autores, detectamos una actitud esperanzada, una apuesta por salir de la crisis a través de una filosofía renovada.

Ya en su infancia, María Zambrano, recibe una influencia que va a marcar su vida de forma definitiva. Se trata de la figura de su padre, Blas Zambrano, hombre instruido, liberal y con inquietudes sociopolíticas que va a ser un referente en su vida y en su trayectoria filosófica, como ella misma reconoce en la dedicatoria de un texto incluido en su libro “Los bienaventurados”: “*A la memoria de mi padre, filósofo y guía*” (4).

La infancia de María Zambrano transcurre primero en Vélez-Málaga y posteriormente en Segovia, allí conocerá a Antonio Machado con el cual su padre mantiene amistad y también un mismo posicionamiento ideológico, un humanismo de

(4) María Zambrano, “*Los bienaventurados*”, Ediciones Siruela, Madrid 1.990.

izquierdas comprometido con las circunstancias por las que atraviesa, en esos momentos, España. Machado, como es conocido a través de su correspondencia, se consideró discípulo tanto de Ortega y Gasset como de Unamuno. La metafísica y estética lírica machadiana de sus apócrifos, Abel Martín y Juan de Mairena, están de alguna manera presentes en la “razón poética” de María Zambrano.

Los pilares de la nueva metafísica propuesta por María Zambrano, la nada como sustento del ser, la dialéctica entre lo sagrado y lo divino y la función de la palabra creadora o poética como vía de encuentro o realización del ser, tienen su fundamento en la metafísica de poeta machadiana. (Ana Bundgard, *“Mas allá de la filosofía”*, Editorial Trotta, Madrid 2.000, pág. 99)

Hay que señalar, en este sentido, que como manifiesta Jesús Moreno Sanz, la primera vez que utiliza María Zambrano la expresión “razón poética” lo hace en una reseña que, en el año 1.937, realiza la filósofa sobre el libro de Antonio Machado “La guerra”.

María Zambrano, coincidía con los planteamientos políticos e ideológicos de Antonio Machado, así como con su actitud comprometida en la causa republicana. En este sentido, es clara la repercusión que tiene el ideario del poeta sevillano en los escritos de tema político que publica María Zambrano en los años de la guerra civil. Pero también, es cierto que María Zambrano trata de llevar a cabo una reelaboración del pensamiento poético de Machado, adecuándolo a su propia concepción de la razón poética. Sin embargo, como el propio poeta expresa a través de sus apócrifos, filosofía y poesía tienen su propio ámbito, la tentativa de unificar ambas en un mismo discurso, como pretende María Zambrano, no está presente en la metafísica del poeta Antonio Machado (5).

(5) “Todo poeta- dice Juan de Mairena- supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya - implícita-, y el poeta tiene el deber de exponerla por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos”. Antonio Machado, *Nuevas canciones y De un cancionero apócrifo*, Madrid, Castalia, 1971, ed. de J.Mª Valverde, p. 226.

La heterogeneidad del ser, a la que se refiere Antonio Machado, es captada de modo intuitivo, en el horizonte de la temporalidad, por la palabra poética. El discurso metafísico, que lleva a cabo el poeta a través de sus apócrifos, es complementario del discurso poético, concepto y metáfora son dos vías de conocimiento diferenciadas. Sin embargo, Machado, a juicio de María Zambrano, en ese intento de rescate que hace del poeta para “su causa”, constituye un ejemplo claro de imbricación de lo poético con lo filosófico. Así, considera que el poeta sevillano representa una postura ética ya que, tras de reconocer el papel fundamental que ejerce el subconsciente en la gestación del poema, es la razón la que decide en última instancia.

Somete luego la poesía a la razón diciendo que la lleva implícita, es decir, que en último término, no cree en la posibilidad de una poesía fuera de la razón o contra la razón, fuera de la ley. Para Machado la poesía es cosa de conciencia, esto es, de razón, de moral, de ley. (M. Zambrano, *“Los intelectuales en el drama de España”*, Edit Anthropos. Barcelona 1.986. pág. 6)

En cualquier caso, y pese a las diferencias entre los planteamientos de María Zambrano y de Antonio Machado, existen afinidades evidentes: el hallazgo de la heterogeneidad del ser, a través de un peregrinar por “las entrañas” o, en términos machadianos, por las “galerías del alma”, frente a un discurso homogeneizador propio del pensamiento lógico y racional; el amor al otro como salvación; la búsqueda de lo divino como referente último del ser humano...son algunos aspectos que comparten ambos autores.

Tanto la fe poética de Machado como la religión poética de Unamuno, a los cuales nuestra autora consideró precursores de Heidegger (6), están muy presentes

(6) M. Zambrano, *“Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger”* en *Sur*. Buenos Aires.1928, vol. 8, nº 42, marzo, págs. 85-87.

en la obra de María Zambrano. Unamuno, fue un humanista en el más amplio sentido de la palabra, su filosofía parte del hombre, del hombre de carne y hueso, como le gustaba expresar: “*Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía*” (7).

En este sentido, podemos decir que el pensamiento y el sentimiento unamunianos encuentran fácil acomodo en la concepción filosófica de María Zambrano. María Zambrano, pese a considerarse discípula de Ortega, en ocasiones parece más próxima al talante de Unamuno que se enfrenta a la vida desde la tragedia y lo hace poéticamente, sin pretensiones academicistas. Para Unamuno “*la filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia*” (8). La huella de Unamuno se muestra presente en ciertas temáticas, como pueden ser: el peso del irracionalismo, el valor de lo poético frente a lo conceptual, el sentimiento religioso-místico y el posicionamiento frente a la crisis de valores en Europa mediante la defensa de los valores tradicionales de la cultura española.

María Zambrano, se sintió atraída por la personalidad de Unamuno, por su apasionada búsqueda de la verdad, por su religiosidad batalladora. Los dos tratan de llevar a cabo una síntesis entre filosofía, poesía y religión. Incluso su manera de hacer filosofía tiene paralelismos. No se busca, en ambos casos, el construir sistemáticamente tratados de hondo calado, más bien de bosquejar intensos ensayos en donde captar poéticamente la existencia. En este sentido, ambos son claros exponentes de una manera de hacer filosofía, característica también de otros autores españoles, incluido el propio Ortega, consistente en aunar lo literario y lo filosófico para así acceder más fácilmente a un público poco familiarizado con la filosofía.

La filosofía, es entendida, en Unamuno pero también en María Zambrano, más como sabiduría que como ciencia. Más allá de un saber racional constituye “un saber sobre el alma.” Así, en “El sentimiento trágico de la vida”, Una-

(7) Miguel de Unamuno, “*Del sentimiento trágico de la vida*” Ediciones folio, Barcelona 2002, pág. 5

(8) *Ibíd.*, pág.5

muno expresa su peculiar concepción de la filosofía.

La filosofía es un producto humano de cada filósofo, y cada filósofo es un hombre de carne y hueso que se dirige a otros hombres de carne y hueso como él. Y haga lo que quiera, filosofa, no con la razón sólo, sino con la voluntad, con el sentimiento, con la carne y con los huesos, con el alma toda y con todo el cuerpo. Filósofa el hombre” (Miguel de Unamuno, “*Del sentimiento trágico de la vida*” Ediciones folio, Barcelona 2002., pág. 21).

1.2.2. El magisterio de Ortega y la Escuela de Madrid

La crítica y el rechazo a las propuestas desarrolladas a lo largo del siglo XIX, fundamentalmente a la concepción positivista y científicista, fue formulada en España desde distintos sectores, no solamente desde el ámbito filosófico, también desde el ámbito literario. A la Generación del 98, a la cual pertenecen Machado y Unamuno, le sucede como continuadora de sus mismos propósitos la Generación del 14, más conocida como novecentismo, de la cual uno de sus máximos exponentes es Ortega y Gasset. La Generación del 14, aún compartiendo las mismas preocupaciones que la Generación del 98, se distingue de ésta por su vocación europeísta, por su defensa de una novedosa manera de entender la razón, por la valoración de la ciencia como camino de progreso y regeneración y por su marcado republicanismo. En este momento histórico y en este nuevo orden de cosas, es preciso situar a la “Escuela de Madrid”.

La expresión “Escuela de Madrid” ha sido empleada para designar la influencia de Ortega y Gasset en un grupo de pensadores. Esa denominación tiene un sentido amplio; no es una escuela en sentido estricto; es decir, no es un conjunto de pensadores que siguen de manera fiel a un maestro que los aglutina y marca límites. Es, más bien, un amplio grupo de intelectuales que tienen independencia de criterio y que piensan sobre

unos mismos problemas con bagajes y perspectivas diversas. Es decir, se inspiran en una misma orientación doctrinal y siguen idéntica metodología. Pero, aunque su centro aglutinador sea Ortega y Gasset, cada uno posee caracteres diferenciadores.” (Manuel Suances Marcos, *“Historia de la filosofía española contemporánea”* Síntesis, Madrid 2010. Págs. 308 y 309.)

Entre los intelectuales, integrantes de la “Escuela de Madrid”, se encuentra María Zambrano, que se había trasladado a vivir a Madrid en el año 1.926, y junto a ella otros nombres tan significativos dentro del panorama filosófico español como Manuel García Morente, José Gaos, Xavier Zubiri o Julián Marías.

El magisterio ejercido por Ortega es constatable, tanto por lo que respecta a la formación filosófica como a la propia experiencia vital de María Zambrano, la misma autora lo reconoce y lo manifiesta a través de repetidas citas a lo largo de toda su obra:

Me he sentido más encadenada a las “razones de amor” a las que Ortega y Gasset se refiere en su auroral libro, para mi definitivo, *Meditaciones del Quijote*, donde igualmente se explicita la necesidad gozosa de descubrir el “logos del Manzanares”. Aunque haya recorrido mi pensamiento lugares donde el de Ortega y Gasset no aceptaba entrar, yo me considero su discípula. (María Zambrano, *“Hacia un saber sobre el alma”* Alianza Editorial, Madrid, 2012. Págs. 13 y 14)

Ortega y Gasset ejerce, sobre María Zambrano, a parte de un magisterio intelectual, un magisterio de presencia, así lo expresa nuestra autora en su obra *“Delirio y destino”* (9) que “[...] *Leerle daba ganas de vivir*” Y a esto –añade más adelante- porque “[...] *Su pensamiento era esperanza en ejercicio, caridad intelectual*”.

(9) María Zambrano, *“Delirio y destino”*. Mondadori, Madrid, 1989.

Este “*logos del Manzanares*” implica ya una toma de posición ante la vida, ante las cosas, que va a estar presente siempre en la actitud filosófica de María Zambrano. Supone un entrar en contacto con la vida como “única realidad radical”. Pero, como la propia autora manifiesta, su pensamiento se ha adentrado por lugares, por territorios propios, ha trascendido los límites que el propio Ortega se había impuesto, ha descendido a los abismos, a los “*infernos del alma*”.

Ortega, va a llevar a cabo en su obra una crítica del realismo y del idealismo, tanto la naturaleza como el intelecto son relativizados por la única realidad radical que es la misma vida humana. La razón vital de Ortega va a estar presente prácticamente, de un modo u otro, en todos los integrantes de la “Escuela de Madrid”. Razón y vida aparecen así aunadas bajo el término “*raciovitalismo*”. La vida va a constituir el punto de partida de todas las reflexiones filosóficas, pero para entender la vida y para analizarla ya no sirven las palabras y las categorías que se han venido utilizando hasta ahora. Los diversos integrantes de la “Escuela de Madrid”, a partir de esta raíz común, van a seguir caminos diferentes a la hora de construir su propia filosofía. La razón vital de Ortega se transformará en razón poética en María Zambrano.

La filosofía de Ortega se hizo de ideas y la filosofía poética de Zambrano se hizo con palabras. Las palabras llegan de dentro de ella misma, pero son inseparables de las ideas, y eso creo yo es lo verdaderamente fundamental de esta distinción entre el maestro y la discípula”. (José Luis Aranguren, “*Filosofía y poesía*” en *el pensamiento de María Zambrano*”. Papeles de Almagro, Madrid, Zero-zyx, 1.983. Pág. 113)

Discípula heterodoxa, que aunque siempre tendrá presente a su maestro, como lo atestiguan las numerosas referencias al mismo que lleva a cabo a lo largo de su obra, en ocasiones es para matizar, apostillar, e incluso para contradecir sus planteamientos. Mientras Ortega dirigió su razón hacia la razón histórica, ella dirigió la suya hacia la razón poética. Ello implicaba adentrarse en el ámbito del estado unitario e indiferenciado, previo al *logos*, buscar por los oscuros caminos que conducen a lo

oculto, por una tenebrosa mística muy alejada de la claridad de la razón vital de un Ortega y Gasset.

1.2.3. La impronta de Zubiri

En esta búsqueda del camino propio, desde una razón vital de cuño orteguiano, hacia una razón poética de carácter personal, se encuentra el influjo de otro insigne integrante de la Escuela de Madrid: Xavier Zubiri. María Zambrano, sintoniza con la profunda religiosidad del pensador vasco y con su apertura hacia una nueva metafísica. Pero más allá de esta sintonía y pese a que algunos autores, entre ellos Juan Fernando Ortega Muñoz en su obra “La superación del racionalismo en la filosofía de María Zambrano”, han querido establecer paralelismos entre el “sentir iluminante” de María Zambrano y la “inteligencia sentiente” de Xabier Zubiri, les separa el propósito que pretenden y la manera de llevarlo a efecto. “La inteligencia sentiente” de Zubiri constituye un riguroso y sistemático intento de elaborar una nueva filosofía, como metafísica, de captar la realidad, más allá de las tesis positivistas, pragmatistas e historicistas. Lejos de sus pretensiones formales, de su rigor y de su sistematicidad, María Zambrano, se adentra en un misticismo que es fruto de su experiencia interior y que se vierte en un discurso enigmático y simbólico que encuentra en el decir poético su cauce apropiado de expresión.

No obstante, es preciso reconocer que pese a todo existe un sustrato donde coincide el sentir iluminante de María Zambrano y la inteligencia sentiente de Zubiri, ya que ambos quieren rescatar el sentir para el pensar. María Zambrano, a través de su “razón poética”, logra una identidad entre pensar y sentir a partir de un entendimiento de la verdad como revelación. Se trata de un sentir iluminante que capta la realidad de forma poética y mística.

Es superfluo poner de manifiesto que Zambrano emprende su original camino tomando distancias de Ortega que, al igual que Husserl, no habría compartido la tesis según la cual “el ser nos viene dado en el sentir, como, en cambio, sostenía con vigor Zubiri. (Armando Savignano, *“María Zambrano: la razón poética”*, Comares, Granada 2005. Pág 37)

2. EL EXILIO: EXPERIENCIA VITAL Y METAFÍSICA

Ante la inminente derrota del ejército republicano, María Zambrano, sale rumbo al exilio el 28 de enero de 1.939, para no regresar ya a España hasta el año 1.984. Durante este largo periodo de tiempo, en el cual María Zambrano reside en distintos países de América y de Europa, se fragua la parte más sustancial de su obra. Aunque ya había publicado con anterioridad alguna obra significativa y, en cierto modo, se puede decir que ya estaba esbozado el planteamiento en torno a la razón poética, es a partir de este momento cuando desarrolla y culmina en diversas obras y de manera fragmentaria su método “raciopoético”.

El exilio constituyó una experiencia vital y metafísica, un “ajuste de cuentas” con su propio país y con su vida. Desde el desarraigo, desde la soledad, y sintiéndose inmersa en una situación de absoluto desamparo: *“No ser nadie, ni un mendigo: no ser nada. [...] Haberlo dejado de ser todo para seguir manteniéndose en el punto sin apoyo ninguno”* (10), se le impone construir un discurso que ahonde en la esencialidad de la patria perdida y que al mismo tiempo le revele en su plenitud el ser. Es a partir de este momento cuando alterna su labor docente con la publicación de una serie de obras representativas de su discurrir filosófico y poético. Para Zambrano, el exilio es símbolo de la condición humana, hasta el punto de constituir su propia patria y

(10) María Zambrano, *“Los bienaventurados”*, Madrid, Siruela, 1.990, pág. 36.

lugar privilegiado para indagar en las entrañas del ser. Por eso esta experiencia dolorosa y límite llega a constituir, con el paso del tiempo, para nuestra filósofa algo, en cierta manera, querido como revelador: “*amo mi exilio*”. (11)

Desde la distancia física, reflexiona sobre la patria perdida, consciente de su condición de exiliada ya de por vida, hasta el punto de no volver a echar raíces en ninguna de las tierras de su continuo peregrinar: “*Así fue la vida de María Zambrano, un continuo desplazarse de ciudad en ciudad y de país en país, sin dejar rastro en ninguno de ellos.*” (12) Pero la condición de exiliado, como ya hemos señalado, constituye para María Zambrano una categoría aplicable a la condición humana, por eso ya con anterioridad a su propio exilio se refiere a esta circunstancia vital en “*Los intelectuales en el drama de España*” (1.937). (13)

El exilio político y el exilio metafísico se mezclan en la vida y en la obra de nuestra autora y se le impone un nuevo nacimiento, un volver a nacer. En “*La tumba de Antígona*” encarna, en este personaje de Sófocles, la desventura del exilio pero al mismo tiempo también la toma de conciencia de su propio destino: “*figura de la aurora de la conciencia*”. (14) Antígona es el personaje redentor que, a través de su propio sacrificio, accede a la revelación del ser. Revelación del ser que necesariamente se tiene que dar en su plenitud a través de una razón intuitiva y no meramente discursiva.

(11) Título del texto incluido en el libro de María Zambrano “Las palabras del regreso”, Cátedra, Madrid 2009, pág. 65.

(12) Abellán, J.L., *Tres figuras del desgarro: refugiado, desterrado, exiliado. Homenaje a Alain Guy* (coord. J.M. Romero Baró), Barcelona, Universitat de Barcelona, 2005.

(13) María Zambrano, “*los intelectuales en el drama de España*”, Edit Anthropos. Barcelona 1.986.

(14) María Zambrano, “*La tumba de Antígona*”, Madrid, Mondadori, 1989. Prólogo de la autora.

Ligada está íntimamente la visión al ser. (...) La experiencia es desde un ser, este que es el hombre, este que soy yo, que voy siendo en virtud de lo que veo y padezco y no de lo que razono y pienso.”(María Zambrano, “*Los bienaventurados*”, Madrid, Siruela, 1990, pág. 30)

El exilio por lo tanto tiene, en María Zambrano, aparte de connotaciones políticas, connotaciones éticas y ontológicas. El exilio va a constituir el trasfondo donde fragua su heterodoxia y su crítica a la cultura occidental como una cultura uniformadora e insuficiente. Para captar el ser en sus múltiples manifestaciones es preciso una razón mediadora e integradora, una luz auroral que, lejos de la violenta luz de la razón utilitaria que nos ciega, constituya tanto como una nueva razón, una nueva vida.

La reflexión sobre la patria perdida, lleva a María Zambrano, a tratar de reconstruir en la distancia los rasgos definitorios que han caracterizado el devenir de España y a interpretar, en clave crítica, el papel que ha representado en el contexto europeo. Este objetivo está ya presente en el primer libro de la autora aparecido en México, “Pensamiento y poesía en la vida española”, en donde se encuentran recopiladas tres conferencias que pronunció en 1.939 en el Palacio de Bellas Artes. En este sentido, María Zambrano, comparte un mismo interés con otros intelectuales exiliados que dedicaron tiempo y esfuerzo al análisis de las distintas manifestaciones culturales en que se fue concretando el pensamiento español a lo largo de la historia. En muchos de estos autores, aunque no de manera explícita, está presente la idea de la esencia de lo español que, en cierta forma, es deudora de los planteamientos expuestos por Ortega y Gasset en “*ideas y creencias*”. Pero en el caso de María Zambrano esta concepción esencialista de lo español tiene connotaciones propias, ya que posee un carácter ahistórico y que se inscribe, por lo tanto, en su planteamiento raciopoético. Su actitud estaría más próxima a la postura mantenida por Unamuno y su concepto de la intrahistoria, como expresión de la vida cotidiana, que al concepto de “masa” expuesto por Ortega y Gasset.

Para María Zambrano, la interpretación hermenéutica de la identidad española conduce necesariamente a establecer un contraste entre aquello que define el espíritu hispánico frente al racionalismo e idealismo de la Europa de la modernidad. La afirmación de una esencia de lo español se concreta en un realismo que, en definitiva, constituye una manifestación de saber popular; y en un materialismo, entendido como una apuesta por las realidades sensibles y no meramente especulativas. En cualquier caso, ambos rasgos definitorios y constitutivos del ser español han alejado a nuestro país de todo intento sistemático de acceder a la realidad por vía de la abstracción.

Dentro de estas reflexiones sobre la psicología moral del pueblo español, María Zambrano, aborda la figura de Séneca al que considera como una especie de guía espiritual en los momentos de crisis. El estoicismo constituiría una manera de asumir las situaciones críticas y en cierta forma compone el sustrato desde el que se manifiesta la conducta colectiva del ser español. Muchas de las manifestaciones culturales que van surgiendo en nuestro país, sobre todo en el campo de la literatura, son expresión de la filosofía estoica: la aceptación de la muerte, la actitud serena ante el paso del tiempo, la concepción naturalista de la vida... Séneca, va a constituir el pretexto, del que se vale María Zambrano, para hacer explícitos sus planteamientos en relación a la nueva filosofía europea, planteamientos que tienen su fundamento en la fe y esperanza cristianas pero que se abren hacia una dimensión humanista y trascendental.

A partir de los años cuarenta y ante los acontecimientos críticos por los que en ese momento atraviesa Europa, las reflexiones de María Zambrano en torno a la dialéctica Europa-España se intensifican. En este aspecto es evidente la influencia ejercida sobre nuestra autora por Ferrater Mora, que en su libro *“España y Europa”* (15) analiza fenomenológicamente esta problemática desde una perspectiva diferente a la mantenida por Ortega y Gasset y que se acerca más al planteamiento unamuniano.

(15) J. Ferrater Mora, *“España y Europa”*, Santiago de Chile, 1.942

En su libro *“La agonía de Europa”* (16), María Zambrano, se plantea la profunda crisis en que se encuentra inmerso el viejo continente y, de alguna manera, realiza una hermenéutica que encuentra apoyos en el análisis llevado a cabo por Ferrater Mora. La actitud antihistoricista de María Zambrano se fundamenta en el hecho diferencial del espíritu español frente a una Europa de la modernidad. Para superar la crisis profunda y dramática por la que atraviesa Europa propone recuperar la esperanza perdida y para ello es necesaria la conversión del hombre europeo. En este sentido, nuestra autora, reclama a Dios como una necesidad para afirmar al hombre. Como advierte Ana Bundgard *“La nueva utopía estaría fundada en la fe, la esperanza y el amor solidario e integrador que re-humanizaría a Europa, devolviéndole su rostro y sus múltiples formas. Era la utopía de la ciudad de Dios agustiniana”* (17).

3. HACIA UNA NUEVA RAZÓN:

3.1. Poesía como revelación

Aunque el objetivo inicial que se propuso María Zambrano, en *“Los intelectuales en el drama de España”*, fue el de indagar en la esencia de lo español, la temática deriva ya principalmente hacia la afirmación del conocimiento poético como vía adecuada, a través del método de la razón poética, para captar una realidad que va más allá de la mera racionalidad cartesiana. El planteamiento de María Zambrano dota al discurso poético de un protagonismo que le había sido arrebatado en aras de una pretendida razón clarividente y sin embargo incapaz de escudriñar las realidades más profundas de la vida. Se trata de dotar a la poesía de una trascendencia inusitada dentro

(16) María Zambrano, *“La agonía de Europa”*, Buenos Aires 1.945. El libro resulta de la incorporación de tres ensayos publicados con anterioridad y de manera independiente entre los años 1.940 y 1.944.

(17) Ana Bundgard, *“Mas allá de la filosofía”*, Editorial Trotta, Madrid 2.000, pág. 260.

del campo del pensamiento occidental, aurora reveladora de una manera distinta de conocimiento, capaz de dar unidad a lo humano y lo divino.

Es a partir de este momento cuando se le impone más que nunca la verdad del ser no como una pregunta sino como una revelación (18). Pues revelación es en definitiva, para nuestra autora, el punto de partida del que se deriva toda su hermenéutica de lo sagrado. Revelación como intuición integradora de aquellos aspectos de una realidad “llena de dioses”, que es sagrada.

Hay un largo proceso histórico que va desde lo sagrado, ámbito donde el hombre se encuentra inmerso, hasta la pregunta inicial de la filosofía: “¿*Qué son las cosas?*”. Con el inicio de la filosofía surge el descubrimiento de la conciencia y la consiguiente soledad del hombre.

El origen de la filosofía se hunde en esa lucha que tiene lugar dentro todavía de lo sagrado y frente a ello. La filosofía nació, fue el producto de una actitud original, habida en una rara coyuntura entre el hombre y lo sagrado. La formación de los dioses, su revelación por la poesía, fue indispensable, porque fue ella, la poesía quien primeramente se enfrentó con ese mundo oculto de lo sagrado. (María Zambrano, “*El hombre y lo divino*” Fondo de cultura económica, Madrid 2007, pág. 76)

Para María Zambrano, la filosofía es pregunta, por el contrario la poesía es respuesta, revelación. Con la filosofía comienza una imposición violenta de una razón limitadora que deja en las sombras una parte sustancial del ser, la realidad plural y multiforme, poblada de dioses, que ha sido definitivamente abolida.

(18) “*La pregunta qué es el ser la he abolido de la filosofía hace tiempo. En vez de preguntar, creo en la revelación de la filosofía y al que revela, no se le pregunta*” “Felices en La Habana”, texto incluido en el libro “Las palabras del regreso”, Cátedra, Madrid 2009, pág. 280.

El orden y la seguridad del mundo compuesto de cosas iguales a sí mismas, distribuidas en familias, especies y géneros, resultó sumamente tranquilizador y, ¡lo más importante!, adecuado para que la acción humana se abriera camino, pero hizo palidecer, como si una sutil capa de ceniza se extendiese, al resplandor de la gloria del mundo, de la vida múltiple, inasible, en perpetua metamorfosis. (María Zambrano, *“Lydia Cabrera, poeta de la metamorfosis”* en *“Algunos lugares de la poesía”* Editorial Trotta. Madrid 2007, pág.259)

Se impone recuperar entonces la palabra. La palabra en estado virgen, desnuda de connotaciones de carácter conceptual. La palabra anterior a toda amputación ontológica, anterior a toda violencia ejercida por la filosofía, la palabra como absoluta revelación. Es preciso recurrir a la palabra revelada para tratar de acceder al misterio del ser, que se oculta al discurso racionalista impuesto por el pensamiento occidental. Solamente la poesía que trata de decir lo indecible puede poner voz a las entrañas. Puede hacerse eco de aquello que no puede expresar el discurso racional ya que excede sus propios límites. Por eso María Zambrano reivindica un planteamiento integrador que sea capaz de revelarnos la esencialidad del ser humano en toda su magnitud.

En este proceso de búsqueda de una razón mediadora, que le permita conectar con lo esencial del ser, dirige su mirada hacia el elemento poético como única instancia capaz de adentrarse en las profundidades de la vida humana. Poesía, pensamiento y religión aparecerán así entrelazadas en armoniosa unidad, susceptible de revelar aquella realidad que se le resiste a la pura racionalidad. Cada vez en mayor medida, pero fundamentalmente desde la conclusión de la segunda guerra mundial, parece desinteresarse de los aspectos histórico-sociales para introducirse en una “mística de la creación” que tendría como referente privilegiado a san Juan de la Cruz. Mística de la creación, frente a cualquier tipo de “mística quietista,” porque es la palabra poética la que convoca y “devora” a todo lo creado. Al margen de la “razón histórica” de cuño orteguiano, nuestra autora, se introduce por los vericuetos de la relación entre el hombre y lo divino. El planteamiento poético religioso de María Zambrano trata de

alcanzar lo indeterminado, a través de la vía del amor y de la piedad, superando así la mera circunstancialidad que nos ofrece la razón.

Ya en su libro *“Filosofía y poesía”* lleva a cabo una genealogía explicativa de la difícil relación que a lo largo de la historia ha existido entre estas dos posibilidades del conocimiento humano. Puesto que, en definitiva, se trata de conocer la realidad, ambas son necesarias y por consiguiente ambas son insuficientes por sí solas.

No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método. (María Zambrano, *“Filosofía y poesía”* Fondo de cultura económica, Madrid 1.993, página 13)

A partir de esta constatación, está claro que la intencionalidad de María Zambrano es servirse tanto de la filosofía como de la poesía, aquí subyace el motivo que guía su método de acercamiento a la verdad. Pero también a partir de aquí se inicia la crítica de la cultura occidental, en el sentido de que ésta se ha decantado por uno de los dos lenguajes como lenguaje de la verdad, dejando en el olvido una parte sustancial del humano devenir. La reivindicación de María Zambrano del elemento poético supone un intento serio de recuperar esa “penumbra salvadora” que también nos constituye.

Esa búsqueda que lleva a cabo de los elementos olvidados o menospreciados por el pensamiento racionalista, caracteriza el propósito de nuestra autora y marcan un distanciamiento respecto a Ortega. En este sentido el poeta Octavio Paz, en un ensayo sobre Ortega y Gasset, reprocha en cierta forma al filósofo madrileño

la ausencia en su obra de toda referencia a la “otra orilla” (19), al ámbito de lo sagrado y trascendente, olvidando injustamente que el propósito de Ortega era tangencialmente muy otro y que deliberadamente pretendió construir un discurso laicista muy lejos de cualquier referencia a aspectos que, en su opinión, excedían el ámbito de lo filosófico. En este sentido es interesante la comparativa que lleva a cabo Ana Bundgard, en su libro “Más allá de la filosofía”, entre la obra de Ortega y Gasset “Meditaciones del Quijote” y la obra de María Zambrano “Claros del bosque”.

El libro de Zambrano puede y posiblemente debiera ser considerado contrapunto a la Meditaciones del Quijote de Ortega y Gasset. La teoría de la realidad expuesta en el primer libro de Ortega es el referente desde el cual, y para superarlo, construye Zambrano una especie de tratado sobre lo divino que preconiza la destrucción progresiva del hombre y concibe la unión de éste con la divinidad como una meta siempre desplazada, sólo alcanzable con la muerte. (Ana Bundgard, “*Más allá de la filosofía*”, Editorial Trotta, Madrid 2.000, pág. 396)

Frente a la claridad manifiesta del libro de Ortega, María Zambrano, se abisma en la sombras, utilizando un discurso en ocasiones de difícil comprensión, para más allá de la metafísica orteguiana adentrarse en una mística que en definitiva brota de su profundo sentido religioso de la existencia. Mientras que en su libro, Ortega, desarrolla su teoría de la verdad como desvelación, como un propósito que responde a la humana voluntad de alcanzar la luz, “la luz como imperativo”; para María Zambrano la verdad es recibida, nos sale al encuentro, es revelación del ser.

Zambrano apunta al conocimiento de un ser trascendente y absoluto, apunta a la eternidad, a sabiendas de que a la verdad, siempre velada en la existencia, se llega só-

(19) Octavio Paz, “José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué, en *Hombres en su siglo*, Barcelona Seix Barral, 1990, pág. 106.

lo por revelación “gratuita” y de forma puntual, y ello, siempre y cuando el iniciado siga el método de la razón poética que enlaza en unidad lo que es contradictorio, lo múltiple de las perspectivas individuales y lo uno trascendente al sujeto (Ana Bundgard, “*Más allá de la filosofía*”, Editorial Trotta, Madrid 2000., pág. 405)

3.2. Filosofía y poesía

“*Filosofía y poesía*”, es un libro concebido por su autora al inicio del largo exilio, en el año 1.939. Ya en este libro está presente, aunque no aparezca enunciada como tal, su “razón poética”. En el mismo se hace referencia a la relación problemática entre filosofía y poesía a partir de la elaboración de una genealogía explicativa que arranca de la célebre condena platónica de la poesía.

Desde entonces, filosofía y poesía han seguido caminos diferentes, imponiéndose como lenguaje de la verdad la filosofía y quedando la poesía desterrada, vagando al “margen de la ley”. La poesía declarada en rebeldía se ha refugiado en su locura muy lejos de la pretenciosa altanería del saber filosófico, aferrada al encanto múltiple de las cosas. Si la filosofía nació de la admiración, como señala Aristóteles en su “*Metafísica*”, bien pronto se alejó de las cosas que concitaban tal admiración, dejó las apariencias para buscar algo que estaba más allá, para buscar una verdad segura, incuestionable, no sujeta a mudanza. Este alejamiento supuso una violencia por parte de la filosofía hacia las evidencias, una renuncia, un ascetismo por alcanzar la unidad.

María Zambrano, asume en esta obra la misión de reivindicar para la poesía el protagonismo que le corresponde como “otro lenguaje de la verdad” y para ello realiza una crítica de la cultura occidental. Entiende, que es partir de esa condena de la poesía, que Platón lleva a cabo en el diálogo “*La República*”, cuando se fragua una tendencia que persistirá a lo largo de la historia: la visión reduccionista de lo filosófico que exclusivamente admite el razonamiento lógico, la razón discursiva como medio para alcanzar la verdad.

Este planteamiento inicial de María Zambrano, esta crítica de la cultura occidental, recuerda, salvando las distancias y aunque los derroteros seguidos por uno y otro sean muy diferentes, a otro gran heterodoxo: Nietzsche. En ambos hay una fascinación por la potencialidad creadora del lenguaje, en ambos hay aparentemente un cierto desdén por el método, por el conocimiento sistemático. Parece como si su método consistiese en carecer de método, como si su aparentemente asistemático discurrir fuese deliberado, ya que su discurso se escapa de los cánones establecidos por los academicistas. En ambos se aprecia antes que una preocupación por el método un interés apasionado por el estilo.

Se podría decir también que, en cierta manera, ese desentrañar, ese ahondar en los ínfimos del alma, que postula María Zambrano, ese rescatar una parte sustancial del ser que ha permanecido oculto para la cultura occidental, encontraría cierto paralelismo con la reivindicación, por parte de Nietzsche, del espíritu dionisiaco frente al imperio de lo apolíneo.

María Zambrano, que siente una especial atracción por la persona y por la obra de Nietzsche, lleva a cabo una interpretación singular de su pensamiento. Para María Zambrano la muerte de Dios proclamada por Nietzsche constituye una manifestación en el fondo de la creencia y del amor a Dios. En su libro *“El hombre y lo divino”* así lo expresa:

“Dios ha muerto” es la frase en que Nietzsche enuncia y profetiza al par la tragedia de nuestra época. Para sentirlo así, es preciso creer en Él y aún más, amarlo. Pues sólo el amor descubre la muerte; sólo por el amor sabemos lo poco que sabemos de ella.” (María Zambrano, *“El hombre y lo divino”* Fondo de cultura económica, Madrid 2007, pág. 145)

Proceso sagrado el de la negación de lo divino como proceso sagrado fue la aparición de los dioses. Proceso que constituye una vuelta a los orígenes, cuando el hombre aún no había recibido revelación ninguna, cuando Dios permanecía inédito y

lo sagrado impregnaba la vida del hombre. A partir de aquí, Nietzsche, inicia lo que constituye una demolición del edificio construido por la cultura occidental y proclama al “superhombre”.

En un raptó de entusiasmo, de aquello que más puede embriagar al hombre: la destrucción de sus límites: bien y mal. Toda su obra después de “El origen de la tragedia” fue el proceso de desarraigo del hombre de todo lo humano (María Zambrano. “*El hombre y lo divino*”, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2007., pág. 163)

Se trataba por lo tanto de un regreso, todo lo humano había sido eliminado menos el tiempo, bajo la idea del “eterno retorno de lo mismo”. Pero, a juicio de María Zambrano, ese retroceder a lo sagrado, al caos multiforme, ese caminar de la mano de Dionysos se había eclipsado por el afán de lo divino.

El superhombre, rectificación del proyecto en que el hombre de occidente decidió su ser, no se hundió lo bastante en el oscuro seno de la vida primaria, de lo sagrado. Lo divino -descubierto por el pensamiento- le atrajo fascinándole. Quiso ser divino, como lo “divino” que ya estaba pensado, descubierto...Había en realidad sacrificado el hombre ante lo divino, abismándose en él. Todo lo humano había sido destruido implacablemente, menos el tiempo. Y más allá del tiempo, le hubiera esperado una última resistencia: la nada. (María Zambrano, “*El hombre y lo divino*”, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2007., pág. 167)

Para María Zambrano, la nada constituye precisamente la última manifestación de lo sagrado, el ámbito donde poder superar el escollo del tiempo – eterno retorno- en el “delirio” humano de divinización que representa la idea nietzscheana del superhombre.

Tanto, en Nietzsche como en María Zambrano, hay un intento por superar el dualismo impuesto entre lenguaje poético y filosófico. Esta separación entre lo poético y lo filosófico no se manifiesta, curiosamente, en el origen de la filosofía. Por eso no es casual el que Nietzsche, que realiza una crítica demoledora de la tradición filosófica, respete el comienzo de la filosofía occidental. Como señala Eugen Fink: *“Nietzsche retorna a Heráclito. Su lucha comienza contra los eleatas, contra Platón y la tradición metafísica que arranca de ahí. Heráclito sigue siendo la raíz originaria de la filosofía de Nietzsche”* (20).

María Zambrano, partiendo de la oposición tradicional entre lo poético y lo filosófico, trata de ensamblar ambas dimensiones en su “razón poética”. Para María Zambrano lo poético y lo filosófico se complementan, el poeta *“olvida lo que el filósofo recuerda, y es la memoria misma de lo que el filósofo olvida”* (21). Poesía y filosofía parten de un mismo origen: el asombro ante lo existente. Pero mientras la filosofía busca seguridad, la poesía permanece en la intemperie; así lo expresa Sergio Sevilla, *“la filosofía sustituye el mundo de la presencia por el mundo del concepto; el poeta permanece fiel a la apariencia”* (22).

Son dos actitudes divergentes y, paradójicamente, no irreconciliables. María Zambrano trata de ensanchar lo filosófico con la riqueza de lo poético, trata de quitarle rigidez al concepto para que capte así la multiplicidad y la variedad de lo existente.

(20) Eugen Fink, “La filosofía de Nietzsche”, Alianza universidad, Madrid 2.000, pág. 16.

(21) María Zambrano, “Filosofía y poesía” Fondo de cultura económica, Madrid 1.993, págs. 45 y 46.

(22) Sergio Sevilla, “María Zambrano: la razón poética o la filosofía”. VV.AA, Tecnos, Madrid 1998, pág 90.

3.2.1. *Lenguaje y verdad*

En la evolución histórica de la relación entre filosofía y poesía, entendiendo por poesía la manifestación por excelencia del arte, conviene señalar varios momentos decisivos: el primero de ellos lo representa Kant, que en su obra "*Crítica de la razón pura*", pone de manifiesto la imposibilidad de acceder a la cosa en sí a través de un pretendido "lenguaje de la verdad" o lenguaje filosófico que se diferenciase de un lenguaje poético exclusivamente dirigido a expresar no lo que son las cosas, sino sus apariencias. Kant pone fin al dualismo platónico entre ser y representación, por lo tanto sólo existe un único lenguaje para expresar de forma simbólica y metafórica una misma realidad ontológica. A partir de aquí, Kant, inicia una relación entre arte y filosofía, es decir entre poesía y filosofía, en cuanto comparten un mismo lenguaje. Las diferencias serían exclusivamente de carácter formal.

La filosofía del espíritu que surge con el idealismo postkantiano está representada por dos actitudes bien diferenciadas. Por una parte nos encontramos con el planteamiento romántico – Schiller, Schelling, Schlegel...- que va a tratar de establecer una identidad entre poesía y filosofía en base a un pretendido saber del espíritu, que se asienta en el imperio de la subjetividad fichteana. Por otra parte, nos encontramos con el idealismo especulativo de Hegel que reacciona contra la postura de los románticos y delimita el campo de lo filosófico y de lo poético sin caer en el dualismo platónico propio de las posturas prekantianas. Hegel parte de la diferencia entre verdad y ficción, para Hegel lo en sí es captado de forma dialéctica, a través del concepto, por la razón. La verdad de la poesía es la verdad de la apariencia sensible que, a través de la imaginación, se representa en el arte. La poesía, únicamente, sería un momento del proceso total de la verdad, es a la filosofía a la que corresponde, a través de un proceso dialéctico, llegar, mediante el pensamiento, a la verdad de lo en sí.

Dentro de la evolución histórica de la relación "problemática" entre poesía y filosofía, la posición tradicional mantuvo, durante un largo periodo de tiempo,

la distancia entre los dos lenguajes, basándose fundamentalmente en atribuir a lo filosófico la búsqueda y el hallazgo de la verdad, mientras que lo poético quedaba relegado al ámbito de la ficción. Gadamer, en su obra *“Estética y hermeneútica”*, se refiere a esta relación de “tensión” como algo que caracteriza el pensamiento occidental.

Esta fecunda tensión entre filosofía y poesía, no es un problema sólo de ayer o antes de ayer: acompaña todo el camino del pensar occidental, que se diferencia de todo discurso de la sabiduría oriental porque tiene que sostener en sí esta tensión. (Hans-Georg Gadamer, *“Estética y hermeneútica”*, Tecnos, Madrid 2001, pág. 173)

El acercamiento entre los dos lenguajes, sin disolución de uno de ellos en el otro, constituye una tendencia que, como hemos visto, se inicia con Kant y culmina con Nietzsche. Pero esta cercanía se romperá a partir de las concepciones positivistas y científicas del siglo XIX, gestándose posteriormente una lenta y dificultosa recuperación que llega hasta nuestros días. Gadamer, en la obra anteriormente citada, hace referencia, irónicamente, a este proceso de recuperación, no exento de riesgos, iniciado en el siglo XX por una serie de autores, entre ellos y de manera muy relevante por Heidegger:

Mas cuando, en nuestro siglo, la filosofía universitaria recuperó una cierta validez - mencionaré sólo los llamados filósofos de la existencia: Jaspers, Sartre, Merleau-Ponty, Gabriel Marcel y, sobre todo, Martin Heidegger- , no ocurrió ello sin que se atreviese a surcar las regiones marginales del lenguaje poético, tropezando a menudo con una crítica acerba. El ropaje de profeta le queda mal al filósofo que quiera ser tomado en serio en la era de la ciencia. ¿Por qué dejar de lado los grandes logros de la Lógica moderna, que ha dado en los últimos cien años pasos inimaginables más allá de Aristóteles, y adentrarse cada vez más en la oscuridad de las sombras poética (Hans-Georg Gadamer, *“Estética y hermeneútica”*, Tecnos, Madrid 2001, pág. 173)

Para Gadamer, la labor llevada a cabo por Heidegger en este sentido es definitoria. Así lo reconoce en su libro *“Arte y verdad de la palabra”*:

La irrupción heideggeriana en la conceptualidad tradicional de la metafísica y de la estética abrió aquí un nuevo acceso en cuanto que interpretó la obra de arte como el poner-en-obra de la verdad y defendió la unidad sensible y moral de la obra de arte frente a cualquier dualismo ontológico. De este modo, rehabilitó de nuevo para todas las artes la idea romántica de la posición clave del poetizar. Pero también a partir de él parece mucho más fácil decir de qué modo surge en la obra pictórica el verdadero ser del color o en el de la obra arquitectónica el de la piedra, igual que en la obra poética surge la palabra verdadera”. (Hans-Georg Gadamer, *“Arte y verdad de la palabra”* Paidós, Barcelona 1998, pág 29).

La relación entre la obra de María Zambrano y la de Heidegger no es fácil de establecer. Las referencias, por parte de nuestra autora, al filósofo alemán no son frecuentes, lo cual no ha sido obstáculo para que llegue a plantearse, en alguna ocasión, la obra de María Zambrano como *“respuesta a la pregunta por el ser”* que lleva a cabo Heidegger (23).

Pese a las críticas que, en sus primeros libros, dedica María Zambrano a Heidegger, considerándole en cierta forma heredero del idealismo alemán, no obstante conserva por el filósofo una gratitud innegable cuando se trata del reconocimiento de sus méritos como precursor en la tarea de recuperación del elemento poético para el filosofar.

Y así aparece gracias al más renombrado de los filósofos de este siglo – Heidegger- que le es necesario volverse a la poesía, seguir los lugares del ser por ella

(23) Moreno Sanz, J., *La razón en la sombra: antología crítica*, Madrid, Siruela, 2004, pp. 27-28.

señalados y visitados, para recobrarlos, sin la certeza de lograrlos tal como lo lograron los presocráticos, en quienes la filosofía no se había desprendido aún de la filosofía. (María Zambrano, *“Los bienaventurados”*, Ediciones Siruela, Madrid 2004, pág. 51).

Para Heidegger, *“el lenguaje es la casa del ser”* (24) y *“el poetizar es la capacidad fundamental del habitar humano”*. La poesía se constituye en lenguaje privilegiado – “texto eminente”, dirá Gadamer - para alcanzar la verdad: *“la esencia de la poesía es la instauración de la verdad”* (25). Heidegger pretende captar lo humano a partir del ser y para ello es primordial el lenguaje, lenguaje que alcanza su máxima intensidad en la poesía. Ello le llevará a una concepción pre-metafísica, pre-lógica. Para pensar el ser es preciso dismantelar la lógica y acudir a los primeros pensadores de Grecia, a los presocráticos. La lógica fracasa en su intento por expresar el ser auténtico del pensar ya que se basa en una ontología que limita el ámbito del ser pensable al ser dado. Ante la disyuntiva entre el ser y la nada, el entendimiento humano se refugia, busca seguridad, en lo estable, en lo dado. Frente al imperialismo del pensamiento metafísico y tecnológico, Heidegger, opone el pensamiento mítico-poético.

La poesía despierta la apariencia de lo irreal y del ensueño, frente a la realidad palpable y ruidosa en la que nos creemos en casa. Y, sin embargo, es al contrario, pues lo que el poeta dice y toma por ser es la realidad. (Martin Heidegger, “Hölderlin y la esencia de la poesía” en *“Arte y poesía”*, Fondo de cultura económica, México 2005, pág. 143)

Es innegable que pese a las críticas que realiza María Zambrano a Heidegger, centradas fundamentalmente en el idealismo y la abstracción imperantes en el filósofo alemán, existen no obstante ámbitos compartidos por los dos autores: singularmente la crítica a la razón discursiva y la estimación de lo poético. Pero no resulta sencillo delimitar hasta qué punto se trata sólo de coincidencias puntuales en su discurrir filosófico o más bien se trata de influencias de la obra de Heidegger en el plan-

(24) Martin Heidegger, “Carta sobre el humanismo”, Alianza Editorial, Madrid 2.000, pág. 43.

(25) Martin Heidegger, “El origen de la obra de arte” en *“Arte y poesía”*, Fondo de cultura económica, México 2005, pág. 114.

teamiento llevado a cabo por María Zambrano. A esta falta de claridad contribuye en buena medida la ausencia de referencias explícitas, por parte de María Zambrano, a la obra de Heidegger.

Ya el título de uno de los libros más emblemáticos de María Zambrano, "*Claros del bosque*", nos remite a la *Lichtung* de Heidegger. Tanto María Zambrano como Heidegger llevan a cabo una reelaboración de la metáfora tradicional de la luz, ya que la *Lichtung* y el claro constituyen el lugar del encuentro entre luz y penumbra. En ambos filósofos se aprecia un intento de devolver al hombre a ese *claro del bosque*, a su esencia primigenia, de la que ha sido privado por la metafísica que impide al hombre el acceso al ser. Para ello, tanto Heidegger como María Zambrano, consideran la palabra como "la casa del ser" y la palabra poética como lenguaje originario que lleva a cabo la instauración del ser en la palabra. Pero mientras, María Zambrano, piensa el ser del hombre a partir de un fundamento religioso y trata de elaborar una nueva filosofía, Heidegger, sin salirse de la metafísica, retrocede hasta sus fundamentos y a partir de ahí trata de recuperar y rescatar del olvido el ser. En Heidegger no existe la tentación de carácter religioso como sucede en María Zambrano.

3.2.2. *El mundo literario*

Paralelamente a su vocación filosófica surge pronto en María Zambrano una atracción especial por la literatura, en su obra son numerosas las referencias al mundo literario: San Juan de la Cruz, Cervantes, Galdós... Existe, en nuestra autora, una preocupación por la palabra que va más allá de su "utilidad al servicio del intelecto". María Zambrano, se enfrenta a la palabra como expresión de vida, para ella la palabra es revelación, es aire y es fuego: "*Por abstracta, solamente "cosa del intelecto", que la palabra se nos aparezca, lleva aliento y fuego sutil, tiempo inasible*" (26). Las palabras de María Zambrano trascienden el decir estrictamente

(26) María Zambrano, "A modo de prólogo" en "Algunos lugares de la poesía" Editorial Trotta, Madrid 2007, pág. 48.

filosófico, no es el suyo un lenguaje al uso de carácter filosófico, sus precisiones terminológicas están envueltas en un halo de sugerentes imprecisiones poéticas.

Mucho se ha hablado y se ha escrito sobre la prosa de María Zambrano, se ha cuestionado hasta qué punto su discurso es un discurso filosófico y hasta qué punto se trata de un discurso literario. No es fácil, en este sentido, encuadrar sus textos en una categoría o en otra, incluso no toda su obra responde a los mismos propósitos. Algunos de sus libros como *“Claros del bosque”* o *“De la Aurora”* constituyen un intento evidente de alejamiento de la razón discursiva, un internamiento deliberado en un ámbito inaccesible desde el punto de vista del sentido del texto y en el que resulta arriesgado internarse cuando se hace con un espíritu analítico y acostumbrado a escudriñar conceptos. Es preciso dejarse llevar por las imágenes, navegar entre los símbolos, intuir las esencias de unas experiencias personales que difícilmente son comunicables debido a su carácter inefable. Por eso, nuestra autora, recurre al lenguaje originario, al lenguaje mito-poético, que es el único capaz de sugerir cierto tipo de experiencias intraducibles al discurso lógico. Se trata de un esfuerzo por nombrar lo innombrable, por decir lo indecible. ¿No es ésta la tarea de la poesía? ¿Estamos todavía en la filosofía?

La atracción hacia el mundo literario, y más concretamente hacia la poesía, hizo que nuestra autora se relacionase con un gran número de escritores tanto en España como fuera de nuestro país. Antes de la guerra civil española o durante el tiempo del exilio algunos de ellos coincidieron y compartieron amistad con la filósofa malagueña. Así tenemos que hacer referencia a toda una brillante generación poética, como es la generación del 27: Rafael Alberti, Federico García Lorca, José Bergamín, Luis Cernuda, Emilio Prados...y otros poetas que sin estar encuadrados dentro de esta generación desarrollaron su obra por aquel entonces, como León Felipe o Miguel Hernández. Incluso algunos posteriores como es el caso de José Ángel Valente o Jaime Gil de Biedma. Fuera de España habría que citar los nombres de Octavio Paz, Lezama Lima, Pablo Neruda...

Las relaciones que mantiene, María Zambrano, con el ámbito literario a lo largo de toda su vida, no sólo constituyen un indicador de la importancia que nuestra autora otorga a la literatura y más concretamente a la poesía, sino que en cierta forma explican la génesis de todo su planteamiento filosófico. No se trata por lo tanto de una mera construcción teórica lo que María Zambrano quiere expresar a través de su razón poética, es una necesidad de unificar en un solo lenguaje toda una experiencia vital. Y es que la literatura, por sí sola, nos pone en contacto con aquellos aspectos de la realidad que muchas veces se escapan a la estricta racionalidad. Y dentro de la literatura es la poesía el género literario que en mayor medida se aproxima a la filosofía. En ello tiene que ver la especial actitud del poeta al enfrentarse a la realidad, la búsqueda de lo esencial, al rigor en el decir...

Si tratamos, históricamente, de establecer relaciones entre poesía y filosofía encontramos que, pese a todos los encuentros y los desencuentros entre ambas, existen lugares comunes donde los dos discursos se complementan. Así podemos citar algunos casos donde esta vecindad se hace evidente.

En la antigüedad nos encontramos con que ya Herodoto nos dice que Homero y Hesíodo les dieron sus dioses a los griegos, poniendo por tanto en relación la primitiva poesía griega con el conocimiento de lo religioso.

Por su parte, y ya más próximo en el tiempo, Goethe, tituló su autobiografía "*poesía y verdad*". Ambos términos aparecen así unificados, estableciéndose una relación entre los mismos que no deja de ser reveladora.

Lo que no parece indiscutible es que la lengua poética tiene una relación peculiar, muy propia, con la verdad. Eso se muestra, en primer lugar, en que no se adecua en todo tiempo a cualquier contenido; pero también, en segundo, en que siempre que tal contenido adquiere la figura de la palabra poética, experimenta una especie de legitimación. Es el arte del lenguaje el que decide, no sólo sobre el éxito o el fracaso de la poesía, sino también sobre su pretensión de verdad. (Hans-Georg Gadamer, "*Estética y hermenéutica*", Tecnos, Madrid 2001, pág. 111)

En el ámbito de la literatura, en general, y en el de la poesía, en particular, nos encontramos con muy diferentes concepciones acerca de cuál deba ser el propósito que persiga el autor de una obra literaria y de cuál deba ser el papel asignado a la misma. Entre estas diferentes maneras de entender lo estético encontramos numerosos ejemplos de autores y de obras que son conscientes del papel que juega el arte en relación a la verdad y que sin abandonar el ámbito de lo estético o quizás por ello, buscan algo más. Buscan adentrarse por los territorios de la reflexión y de la contemplación especulativa. Tras el sueño romántico la poesía se vuelve más consciente de su papel, en este proceso son claves las figuras de ciertos poetas como Edgar Allan Poe, Charles Baudelaire y sobre todo Paul Valery. *“Y en este camino de la poesía consciente, Paul Valery significa un paso decisivo y quizá la identificación más total hasta ahora de pensamiento y poesía, desde el lado poético, en su culto a la lucidez”* (27). Frente al absolutismo de la metafísica la poesía opone a su vez su propio absolutismo. La poesía se basta a sí misma.

Estamos en presencia de la “poesía pura”, poesía que aspira a constituirse como un todo, que aspira a expresar con precisión la esencia de las cosas. La poesía adquiere así su rango frente a la metafísica y también frente a la ética, pues el poeta descifra el mundo y está justificado frente al mundo. Poesía y metafísica tienen el mismo objetivo pero sus caminos son diferentes.

En nuestra lengua, algunos poetas han querido transmitir ese intento de acercamiento entre la poesía y el conocimiento, buscando el rigor en el nombrar; así Juan Ramón Jiménez en un célebre poema reclama para la poesía el conocimiento exacto de la realidad:

*¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!* (28)

(27) María Zambrano, “Filosofía y poesía” Fondo de cultura económica, Madrid 1.993, pág. 83

(28) Juan Ramón Jiménez, “Eternidades” en “Segunda Antología poética”. Editorial Austral. Madrid 1.969, pág. 227.

Luis Cernuda, en su obra *“Pensamiento poético de la lírica inglesa del siglo XIX”* (29), reivindica el valor del pensamiento como componente esencial de la poesía y, frente a lo que señala como una decisiva carencia de la cultura española moderna, destaca la función central que la reflexión poética desempeña en la tradición europea.

Por su parte Borges, en el prólogo a uno de sus últimos libros de poesía *“La cifra”*, hace referencia a las características de su poesía:

Mi suerte es lo que suele denominarse poesía intelectual. La palabra es casi un oxímoron; el intelecto (la vigilia) piensa por medio de abstracciones, la poesía (el sueño), por medio de imágenes, de mitos o fábulas. La poesía intelectual debe entretejer gratamente esos dos procesos. (Jorge Luis Borges, *“La cifra”*, Alianza Tres, Madrid 1.981, pág. 11)

3.2.3. *“Metáfora viva”*

Desde los orígenes de la reflexión filosófica sobre el lenguaje. Desde los primeros planteamientos teóricos a cerca de la relación entre pensamiento, lenguaje y realidad, se ha indagado sobre el valor de la metáfora como medio apto para el conocimiento de la verdad. La metáfora está ya presente en Aristóteles, quien en su *Poética* la define como el “aplicar a una cosa una palabra que es propia de otra”. Definición que sigue estando vigente y que en gran medida constituye el punto de partida de muchas disciplinas que se plantean las potencialidades de la metáfora más allá de sus incuestionables virtudes literarias.

(29) Luis Cernuda, *“Pensamiento poético en la lírica inglesa del siglo XIX”*, Tecnos, Madrid, 1986.

En el ámbito estrictamente filosófico, las diferentes concepciones que se han ido configurando históricamente en relación al papel desempeñado por la metáfora, se pueden agrupar en torno a dos tendencias contrapuestas, según la importancia que atribuyen a este recurso. Aquellas que apuestan por otorgar a la metáfora una función comunicativa, en un ámbito especializado, ajeno a lo que constituye propiamente el núcleo del conocimiento y aquellas otras que por el contrario apuestan por encuadrar la metáfora dentro de lo que es propiamente la genuina naturaleza del lenguaje y del conocimiento. Esta dialéctica está en cierta manera presente dentro de la moderna filosofía del lenguaje.

Pero ya Ortega y Gasset, en un artículo publicado en 1924 “*Las dos grandes metáforas*” (30), comienza reivindicando la función de la metáfora para la filosofía, “*La metáfora es un instrumento mental imprescindible, es una forma del pensamiento científico*”. Señala, Ortega, que la metáfora nos sirve para “*aprehender lo que se halla más lejos de nuestra potencia conceptual*”, pero más adelante precisa y diferencia entre el *oficio constituyente* que ejerce la metáfora en la poesía, del *oficio suplente* que ejerce en el ámbito de la ciencia, haciendo extensible, implícitamente, el concepto de ciencia a la filosofía. Lo cual no es obstáculo para que, en el propio texto, considere que “*la poesía es investigación y descubre hechos tan positivos como los habituales en la explotación científica*” (31).

Este carácter accesorio o secundario que Ortega y Gasset reclama para la metáfora en el ámbito de la ciencia, contrasta con la función que le asigna María Zambrano dentro de su razón poética. Para nuestra autora, la metáfora, en su intento de decir lo indecible, conecta con lo sagrado, con lo profundo. Solamente a través de la metáfora podemos acercarnos al misterio, podemos penetrar en los orígenes. Entre las metáforas más expresivas, por constituir la entraña por excelencia, se encuentra el

(30) Ortega y Gasset, “Las dos grandes metáforas” en “El espectador”, Biblioteca nueva, Madrid 1985, págs. 597 a 621.

(31) *Ibíd.*, pág. 605.

corazón. Para María Zambrano es precisamente esta metáfora del corazón la que expresa aquello que no puede expresar la razón.

Y esta concepción de la metáfora como “Metáfora viva”, en expresión de Paul Ricoeur, se contrapone radicalmente a cualquier forma de entender la metáfora que la asimile a una imprecisión del lenguaje, o en todo caso a algo que únicamente posee un valor ornamental. María Zambrano, va a romper con esa manera de entender la metáfora como desviación de un pretendido lenguaje científico y neutral que nos muestra el mundo o, según lo expresado por Ortega, con ese carácter subsidiario que la metáfora desempeña en el conocimiento. En este sentido, María Zambrano, sigue el planteamiento nietzscheano que parte de entender que el lenguaje conceptual no es nunca neutral ya que nos aporta una experiencia del mundo y nos confina en una escala de valores aceptados como naturales e incuestionables. Por lo cual lo que entendemos como realidad constituye en definitiva una interpretación de la misma a partir de una herencia cultural y lingüística concretas.

Nietzsche, considera que el origen del lenguaje y del conocimiento no se encuentra en la lógica sino en la imaginación, en la capacidad que tiene el ser humano para construir metáforas y símbolos. Su teoría del conocimiento aboga por unir pensamiento y vida, rompiendo así con la contraposición entre mundo sensible y mundo inteligible. Para Nietzsche, conceptualizar es petrificar aquello que está vivo, privar al mundo de su dimensión cualitativa, de su pluralidad y su riqueza. Solamente a través de un lenguaje metafórico podemos expresar lo que está vivo, el devenir, el cambio...

María Zambrano, como Nietzsche, va más allá de considerar la metáfora, exclusivamente, como una figura retórica; para nuestra autora la metáfora tiene un alcance ontológico, constituye un elemento indispensable para acercarnos a la vida. Dentro de su razón poética es la metáfora el instrumento que hace posible desentrañar la realidad, que hace posible la emergencia del ser oculto a través de la palabra originaria.

Porque es mediante la metáfora como el ser humano toma primero conciencia de sí mismo y del mundo en el que se encuentra inmerso. La metáfora del corazón utilizada por María Zambrano constituye lo que la “gran razón del cuerpo” es para Nietzsche, cuando en “Así habló Zaratustra” proclama con énfasis “*Más razón hay en tu cuerpo que en tus pensamientos más sabios*” (32). Frente al “pienso luego existo” cartesiano, frente al absolutismo de la razón, María Zambrano aboga por las “razones del corazón”. Y las razones del corazón no se expresan a través de conceptos, el lenguaje del corazón se manifiesta mediante imágenes, símbolos, mediante metáforas.

3.2.4. *La razón poética como método*

El pensamiento racional, tal como se nos muestra en sus orígenes, es pensamiento filosófico y este pensamiento surge del asombro ante las cosas, es un preguntarse por el ser de las cosas. Conocemos el origen de este pensamiento y su evolución posterior (33). Ya desde un primer momento está presente en este conocimiento una duda acerca de si las cosas o los sucesos son realmente lo que parecen e incluso si realmente son, duda que puede recaer sobre las cosas mismas pero también sobre el propio sujeto pensante. Es a partir de Descartes cuando, desde esa duda inicial, accedemos a la certeza tanto del objeto, de lo que nos rodea, como del sujeto, de su propia existencia como ser pensante. Se ha creado un orden a partir de una comunidad entre sujeto y objeto, orden que encuentra su justificación última en la razón. De la duda primitiva se pasa a una deificación de la razón.

(32) Friedrich Nietzsche, “Así habló Zaratustra” Ediciones RBA, Barcelona 2002, pág. 24.

(33) “Surge entonces el asombro, ese asombro que es entusiasmo encendido en la certeza de que hay un ser, un universo, un orden. Y de él se ha nutrido no sólo la pregunta filosófica que surgió con Tales de Mileto, sino todo el esplendoroso proceso de la filosofía griega, de la Filosofía”. María Zambrano, “Notas de un método”, Tecnos, Madrid 2011, pág. 140.

La filosofía ha logrado transformar lo sagrado, la realidad múltiple, inasible, ambigua...en pensamiento. Lo sagrado ha pasado a ser divino, se ha alcanzado la identidad entre ser y pensar. Pero el pensamiento supone una renuncia frente al saber, supone una limitación, un impedimento de entender aquello que no puede ser pensado. Frente a la sabiduría, que es anterior al pensamiento, y que representa lo ilimitado, se alza el conocimiento que limita el ser a la razón.

María Zambrano, distingue entre saber y pensar, mientras el saber constituye algo esencial en las diferentes culturas y que no precisa de un esfuerzo especial para alcanzarlo, ya que va surgiendo de una forma espontánea, acumulativa, a lo largo del tiempo; el pensar es una labor intelectual que tiene su origen en un momento concreto y determinado, es algo adquirido. Pero la diferencia mayor, a juicio de María Zambrano, entre saber y pensar se encuentra en el método.

El saber es experiencia ancestral o experiencia sedimentada en el curso de una vida. ¿Y cómo transmitir esta experiencia? Y si resulta problemático el transmitir y aun el adquirir la experiencia es porque se trata de experiencias vitales, es decir: de una experiencia que no es repetible a voluntad, según lo son las que se efectúan en los laboratorios (María Zambrano, *“Notas de un método”*, Tecnos, Madrid 2011, pág. 147)

Esta diferenciación entre saber y conocimiento nos llevaría a entender que para el saber no existe, en principio, un método posible, como sucede en el ámbito del conocimiento. Ya que nos estamos refiriendo a lo oculto, al territorio de lo inefable, a aquello que difícilmente podemos expresar a través del lenguaje convencional. El pensar es acción que apunta hacia el futuro, mientras que el saber es experiencia acumulada, pasado, tradición, que como el rayo ilumina súbitamente nuestras vidas y que súbitamente desaparece. Ámbito de lo sagrado que alcanzamos en sueños, en la penumbra, donde se manifiesta el ser originario.

Despertar es entonces nacer a la conciencia. Pero la filosofía moderna ha situado a la conciencia en el centro del hombre y ha levantado un muro insalvable entre el conocimiento de las cosas y el saber, legitimando solamente aquellas experiencias traducibles al lenguaje lógico. Sin embargo la relación con las cosas implica en primer lugar el trato con las mismas.

Esta experiencia primordial es previa al pensamiento sistemático (a la razón teórica) y sólo puede ser captada por el momento poético de la razón, el único capaz de hacer posible la experiencia del ser propio del hombre (sin la pretensión de encerrarla en la estructura de un sistema): el fluir inagotable de la experiencia como unidad cada vez más íntima de vida y pensamiento; una unidad que modifica a ambos: éste se hace abierto e inacabable, aquélla adquiere su plenitud en éste.” (Teresa Rocha Barco, “*María Zambrano: la razón poética o la filosofía*”, Tecnos, Madrid, 1998, pág. 15)

Es preciso por lo tanto encontrar un método que conjugue pensamiento y vida y que sea capaz de abarcar todas las dimensiones de la vida, también aquellas que han sido olvidadas, menospreciadas, por pertenecer al ámbito del sueño, del inconsciente, de la mística, de la locura...La propia María Zambrano lo explicita de manera clara y contundente en su libro “Claros del bosque” (34). Siempre partiendo de que la experiencia es previa al método y entendiendo por experiencia un camino, un tránsito, un estar en continuo nacimiento. Este es el reto que asume María Zambrano a lo largo de su obra y que constituye el fundamento último de su razón poética: rescatar la vida, en su plenitud, para la filosofía. Para ello no le sirven los métodos hasta ahora utilizados, no le sirven los esquemas rígidos encerrados en sistemas más o menos lógicos. Es preciso desentrañar, acceder al logos sumergido.

(34) “Sólo el método que se hiciese cargo de esta vida, al fin desamparada de la lógica, incapaz de instalarse como en su medio propio en el reino del logos asequible y disponible, daría resultado. Un método surgido de un *Incipit vita nova* total, que despierte y se haga cargo de todas las zonas de la vida”. María Zambrano, “Claros del bosque” Cátedra, Madrid 2011, pág. 125.

Solamente es posible llegar al “hombre interior”, con todo lo que implica la expresión agustiniana, mediante una razón capaz de leer lo que está escrito en las entrañas. Pero el concepto no llega a penetrar en esas zonas oscuras, enigmáticas, donde reside el misterio, lo sagrado. Para aprehender la realidad total del ser humano es necesario ir más allá de la razón discursiva. La razón poética constituye la forma de captar esa realidad sumergida, sólo poéticamente se nos revela la realidad profunda del ser humano, sus delirios, sus sentimientos, sus pasiones... La verdad surge por revelación, conlleva una actitud que tiene que ver con la piedad, actitud receptiva que se expresa a través de un lenguaje poético y no a través de un lenguaje dominador y autoritario.

María Zambrano, compatibiliza dos términos razón y poesía en su método filosófico, tratando así de captar la realidad plena del ser humano. No se trata de huir de la razón para adentrarse en otros ámbitos, aunque a veces pudiera parecernos que esa es la deriva de su discurso y así se lo parece a algunos. La intención de María Zambrano es muy otra y así queda reflejada de manera expresa en su libro “De la Aurora”.

Así pues, el conocimiento que aquí se invoca, por el que se suspira, este conocimiento postula, pide que la razón se haga poética sin dejar de ser razón, que acoja al “sentir originario” sin coacción, libre casi naturalmente, como una fysis devuelta a su original condición.” (M. Zambrano, “*De la Aurora*” Tabla rasa, Madrid 2004, pág. 56)

Para llevar a cabo el proyecto que se propone María Zambrano, para lograr una identidad de vida y pensamiento, es preciso alejarse de cualquier método que suponga un encorsetamiento, un cerrarse a las realidades plurales que conforman al ser humano. Es preciso un método que opere como razón mediadora, integradora de los diversos aspectos que constituyen el humano vivir y cuyo lenguaje se asemeje a “las notas musicales” que en su discontinuidad expresan la melodía que se nos da como revelación.

3.3. “Poema y sistema”

“Poema y sistema”, titula María Zambrano un texto que forma parte de su libro “Hacia un saber sobre el alma”, breve texto donde lleva a cabo una reflexión sobre los géneros filosóficos y donde establece una relación originaria entre poesía y filosofía. Existe, a juicio de nuestra autora, una unidad en todo aquello que el hombre ha creado a través de la palabra. *“Es la “poiesis”, expresión y creación a un mismo tiempo, en unidad sagrada, de la cual por revelaciones sucesivas, irán naciendo, separándose al nacer –nacimiento es siempre separación-, la Poesía en sus diferentes especies y la Filosofía.”* (35). Separación que pronto se produce y que ya es apreciable si comparamos, por ejemplo, el célebre Poema de Parménides con cualquier texto de Aristóteles.

Pero esta unidad originaria, entiende curiosamente María Zambrano, vuelve a darse con la forma filosófica de mayor prestigio en la cultura moderna occidental: el sistema. Cada época histórica ha tenido su forma de expresión filosófica, forma que responde a un determinado ritmo del pensamiento: diálogo, tratado, sistema... María Zambrano considera que el sistema, como forma cerrada de pensamiento, guarda una cierta semejanza con el poema en cuanto ambas realidades constituyen una identidad lograda entre el autor y su propia obra. Se trata de una identificación, entendemos, de carácter fundamentalmente formal; ya que poema y sistema conforman un mundo en sí mismos, una realidad independiente y en cierta forma una aspiración de totalidad. Sistemas que en ocasiones se nutren de saberes sumergidos, como es el caso del pitagorismo cuyo ritmo del pensamiento, eclipsado por el aristotelismo, subyace en ciertas formas de pensamiento que se han impuesto por su ortodoxia. Construcciones elaboradas con helada precisión matemática, como la Ética de Spinoza, donde se conjuga la exactitud geométrica del sistema con la unidad del poema.

(35) María Zambrano, “Hacia un saber sobre el alma” Alianza Editorial, Madrid, 2012. Pág. 53

No obstante, María Zambrano, advierte ya en el citado texto, como la propia filosofía sistemática discrimina el pensamiento que corre por otros cauces, señalando expresamente algunos nombres especialmente significativos para ella, como pueden ser el de Nietzsche y el de Ortega. En un texto (36) incluido también en el libro “Hacia un saber del alma” se pregunta: “¿Es posible seguir identificando, sin más, la Filosofía con su forma sistemática?” (37). María Zambrano, a través de su reflexión acerca de la hegemonía del sistema en la cultura moderna, lleva a cabo una crítica demoledora de los fundamentos de una sociedad que ha propiciado un modelo de pensamiento excluyente, resaltando aquellos aspectos que a su juicio son más preocupantes.

Con ello entramos en lo más lamentable de la cultura moderna. Y en su falta de transformación del conocimiento puro en conocimiento activo que alimente la vida del hombre que lo necesita. La vida necesita del pensamiento, de convicciones claras, de “saber a qué atenerse”, según Ortega dice. Y resulta que el esplendor de los sistemas ha coincidido con la pobreza de las convicciones. Agravado por el otro gran lujo: el de la técnica. Mientras la vida se llenaba de instrumentos técnicos, de maravillas mecánicas, de cachivaches de todas clases, el alma y el corazón quedan vacíos... (María Zambrano, “La guía, forma del pensamiento” en “Hacia un saber del alma” Alianza Editorial, Madrid, 2012, pág. 74)

El sistema, como cualquier otra forma de pensamiento, responde a una necesidad sentida en un momento histórico determinado. Durante su vigencia ha ejercido un poder omnímodo, despreciando violentamente cualquier otra forma menos

(36) María Zambrano, “La guía, forma del pensamiento” en “Hacia un saber del alma” Alianza Editorial, Madrid, 2012.

(37) *Ibíd.*, pág. 71.

ambiciosa de entendimiento humano. Para María Zambrano, el sistema, la forma sistemática de hacer filosofía, se encuentra ya agotada, no responde a las necesidades actuales. María Zambrano entiende que es preciso rescatar aquellas otras formas de pensamiento relegadas al olvido y que sin embargo son más cercanas al corazón humano, a las convicciones profundas del ser humano, al conocimiento activo.

Estas formas de pensamiento, que constituyen géneros literarios en sí mismos, son fundamentalmente las guías, cuya versión más actualizada serían las confesiones. Ambas implican el reverso de los sistemas filosóficos, en cuanto no pretenden transmitir una verdad objetiva. En las dos se muestra el ser humano en su circunstancia, en la guía significativamente el receptor a quien va dirigida, en la confesión el autor que la escribe. En todo caso en ellas se aprecia una conexión con la vida real, una huida deliberada de abstracciones y generalidades.

La literatura española es rica en guías, no así en confesiones. La guía es una indicación, un “camino de vida”, tiene que ver con la experiencia y con la necesidad de ser conducido. Por lo tanto es sugerencia, insinuación y nunca imposición de verdad absoluta. Lejos del carácter riguroso y cerrado de los sistemas filosóficos, este saber de experiencia, tiene un carácter fragmentario, inconcluso. *“Los géneros clásicos de este saber experimental son fragmentos y hacen añorar su continuación, aunque sepamos que no la tienen”* (38).

Paradójicamente este “rescate” que María Zambrano lleva a cabo de una forma de pensamiento preterida, relegada a una tradición ya superada por lo “científico”, parece no obstante encontrar aceptación por parte de los últimos planteamientos filosóficos. Aceptación de la que María Zambrano fue prematuramente consciente:

Algo debió de vislumbrar de todo esto la última filosofía, mejor dicho el último estilo de filosofar, que ha pretendido con mesurada modestia sugerir, incitar, cosa que le venía posiblemente del influjo pedagógico, no siempre sano, pero en esto prudente y cauteloso.

(38) *Ibíd.*, pág. 8

Pues la experiencia irrenunciable se transmite únicamente al ser revivida, no aprendida. Y la verdad, la que la vida necesita, sólo es la que en ella renace y revive, la que es capaz de renacer tantas veces como sea necesitada. (María Zambrano, *“La guía, forma del pensamiento”* en *“Hacia un saber del alma”* Alianza Editorial, Madrid, 2012, *Ibíd.*, pág. 86)

En este mismo sentido se manifiesta George Steiner, en su libro *“La poesía del pensamiento”*, al reconocer la importancia que últimamente se está concediendo a la *“estética del fragmento”* frente a los grandes sistemas explicativos con pretensiones de totalidad.

Las ambiciones enciclopédicas de la Ilustración, las enormes construcciones del positivismo, como las de Comte y Marx, ya no convencen. Nos resulta difícil contar o escuchar las *“grandes historias”*. Nos vemos arrastrados a lo indefinido, a la forma aperta. Levinas distingue entre la exclusión y las aserciones coactivas de la *“totalidad”* y la promesa totalitaria y liberadora, mesiánica en esencia, de la *“infinitud”*. Adorno se limita a equiparar la completitud con la falsedad.” (George Steiner, *“La poesía del pensamiento”*, Ediciones Siruela, Madrid 2012, pág. 31)

3.4. “El sueño creador”

La crítica a la tradición cultural filosófica occidental, que lleva a cabo María Zambrano, se centra fundamentalmente en dos aspectos, por una parte una crítica a la forma de entender el ser. Todo queda sometido al imperio del logos y aquello que se escapa a los esquemas de la lógica es considerado como irreal, hay una identificación del ser con el pensar. Lo que no se puede reducir a idea es considerado inexistente. De ahí que se proponga acceder al *“logos sumergido”* a partir de entender que la realidad es heterogénea. Es preciso, para María Zambrano, rescatar para el ser aquello que siendo constitutivo del mismo permanece oculto en las entrañas. Y, por otra parte, su crítica se dirige también a la concepción lineal del tiempo con sus tres dimensiones: pasado,

presente y futuro. María Zambrano nos propone un tiempo sucesivo, múltiple, con diferentes estratos que de manera simultánea conviven en el ser humano y que se corresponden con las diferentes dimensiones del mismo. La dimensión psíquica, donde radican los sueños, está caracterizada por su atemporalidad, por la ausencia de tiempo y libertad; la dimensión consciente, donde transcurre el tiempo lineal y sucesivo, el tiempo histórico, que consta de pasado, presente y futuro; y por último el tiempo propio de la persona, que María Zambrano denomina supratemporalidad, y que es el tiempo de la lucidez, donde se integran el tiempo del soñar y el tiempo de la vigilia. Tiempo de la acción poética, como acción creadora y trascendente donde el sujeto se apropia del tiempo sucesivo.

María Zambrano, lleva a cabo un análisis de estos tiempos que conviven en el ser humano, en su obra “El sueño creador”. Esta obra constituye una guía, ya que el tono empleado es más de sugerencia que de aseveración. Se trata de establecer unas pautas que sirvan de orientación, que ayuden en el peregrinar por la vida ante la perplejidad del despertar inicial. Hay una realidad que se nos impone en los sueños y que nos constituye, pues realidad no solamente es aquella a la que accedemos voluntariamente y conscientemente, también es aquella que se nos resiste.

Los sueños han sido objeto de estudio a lo largo de la historia, en el siglo pasado fundamentalmente por el psicoanálisis, al cual nuestra autora presta atención, aunque discrepe con algunos de los planteamientos llevados a cabo por Freud (39). Pero, María Zambrano, más que detenerse en el contenido de los sueños, se centra en la forma de los sueños, aspecto menos estudiado que los contenidos. Los argumentos del sueño, su realidad fenoménica, puede ser muy variada, pero la forma siempre es idéntica, los seres humanos aparecemos como meros espectadores y a la vez como protagonistas. A pesar de la actitud pasiva que implican los sueños, somos capaces de

(39) En “El freudismo, testimonio del hombre actual”, recogido en el libro *“Hacia un saber sobre el alma”*. Alianza editorial, Madrid 2008, págs. 123 a 148.

captar ciertos aspectos, vemos el sueño y nos vemos en el sueño. La atemporalidad de los sueños constituye un tiempo sin tiempo, un “tiempo sin dueño”, en el cual se nos muestra nuestra propia vida, el “sentir originario”, nuestro propio centro insobornable. Esta atemporalidad se caracteriza porque la conciencia no penetra en el mismo, asiste pero separada, como espectador.

La estructura de este tiempo sin tiempo, nos dirá María Zambrano, carece de poros, se trata de un “tiempo compacto” donde no podemos penetrar. Lo que nos sucede en la vigilia va a parar al sueño, a la “psique originaria”, donde se entremezclan momentos que corresponden a diferentes etapas de la vida personal.

Sueño y vigilia se alternan constituyendo dos dimensiones del ser humano, el sueño no se corresponde necesariamente con estar dormido al igual que vigilia tampoco se corresponde necesariamente con estar despierto. La alternancia entre sueño y vigilia es clave para entender el planteamiento de María Zambrano. A veces la separación entre sueño y vigilia puede ser radical, como sucede en los denominados sueños de deseo, que son sueños de la psique y en donde se da una completa ausencia de tiempo. Pero en los sueños de la persona, que son “sueños de finalidad” y que tienen una impronta ética en cuanto anuncian “*una transformación de la persona ya habida o en trance de cumplirse*” (40), puede existir una vía de acceso del sueño a la vigilia a través de la acción. Distingue, María Zambrano, dos tipos de acción, aquella en la cual el sujeto permanece prisionero de su personaje sin rebasar el umbral de sus sueños, y la “*acción verdadera propia de los sueños de la persona y que puede ser pensamiento, contemplación o acción propiamente dicha*” (41), a través de la cual se produce un desenmascaramiento del sujeto y se da fin al conflicto. Mediante la acción verdadera propia de los sueños de la persona se pone fin al sueño y a su atemporalidad, apropiándose el sujeto del tiempo sucesivo. Hay un despertar de lo íntimo, del fondo in-

(40) María Zambrano “El sueño creador” en “La razón en la sombra” Antología crítica. Edición de Jesús Moreno Sanz, Siruela, Madrid 2004, pág. 594.

(41) *Ibíd.*, pág. 594

sobornable que nos constituye a través de la acción poética, de la palabra. En definitiva del sueño creador.

3.5. “El hombre y lo divino”

Hemos elegido el título de uno de los libros fundamentales de María Zambrano y acaso, como ella misma reconoció, el título más representativo de toda su producción filosófica (42), para referirnos a uno de los aspectos centrales de su pensamiento. Toda la obra de María Zambrano constituye un intento de acceder al ser y en concreto al ser humano. Pero para entender al ser humano es preciso penetrar en el diálogo entre lo divino y lo sagrado, en cuanto que la aparición de los dioses implica la conexión necesaria con la realidad primera, con lo sagrado. Los dioses van a constituir la primera forma de relación con la realidad y el origen de las primeras preguntas que se hace el ser humano, preguntas que todavía no son filosóficas pero sin las cuales la filosofía no hubiera surgido.

El planteamiento de María Zambrano, es un planteamiento ontológico y cualquiera de los aspectos que se derivan del mismo está inmerso dentro de su concepción ontológica. Al igual que Heidegger su pregunta se dirige al ser y esta pregunta en definitiva le conduce a lo sagrado como realidad originaria. Toda su razón poética constituye el método, el camino que María Zambrano propone, como única forma de acceder por revelación poética, a lo íntimo del alma, a lo sagrado.

La primera relación del ser humano con el mundo no tiene un carácter racional. El ser humano se relaciona, en un primer momento, con el mundo a través del

(42) “No está en este pensamiento hacer de *El hombre y lo divino* el título general de los libros por mí dados a la imprenta, ni de los que están camino de ella. Mas no creo que haya otro que mejor les conviniera” Prólogo a la segunda edición de *El hombre y lo divino* Fondo de cultura económica, Madrid 2007, pág. 27.

delirio, que ya en sí mismo constituye un saber de experiencia. Es desde esta insuficiencia, desde esta perplejidad inicial, donde se produce la transformación de lo sagrado en lo divino.

Lo divino es el resultado de la búsqueda de sentido, de la necesidad de encontrar respuesta a la angustia originaria del ser humano. *“La presencia de los dioses pone una cierta claridad en la diversidad de la realidad ya existente desde el mundo sagrado más primitivo y paradójicamente permite que vaya surgiendo el mundo profano”* (43). Pero la fundamentación última de la existencia de lo divino habría que buscarla más allá de la mera necesidad o angustia del ser humano. Para María Zambrano

Los dioses han sido, pueden haber sido inventados, pero no la matriz de donde han surgido un día, no ese fondo último de la realidad, que ha sido pensado después, y traducido en el mundo del pensamiento como ens realissimus. La suma realidad de la cual emana el carácter de todo lo que es real.” (María Zambrano, *“El hombre y lo divino”* Fondo de cultura económica, Madrid 2007, pág. 47)

Lo sagrado, en definitiva, ni es invención, ni es elaboración racional. Es el fondo que nos constituye y que surge de nuestra fragilidad, de nuestro ser frágil e incompleto. A su vez los dioses son “una forma de trato con la realidad”, la forma primera de trato con “lo otro”. María Zambrano, lleva a cabo, en definitiva, una afirmación del carácter religioso del ser humano a través de la dialéctica entre lo sagrado y lo divino. A partir de aquí desarrolla una fenomenología de lo divino, analizando las diferentes formas de enfrentarse el ser humano a lo divino. Aunque en este aspecto discrepe Ana Bungard, al entender que lo que lleva a efecto María Zambrano consiste más que en una fenomenología en “un saber de experiencias con

(43) María Zambrano, “El hombre y lo divino” Fondo de cultura económica, Madrid 2007, pág. 56.

connotaciones místicas” (44).

Para María Zambrano la nada sería “*la última aparición de lo sagrado*”, todo aquello que la razón rechaza por no comprender, el ámbito del no-ser. Por eso acceder en su integridad a la vida implica no arrendarse ante la nada, que por otra parte no puede ser pensada desde el ser, y adentrarse en ella de la única manera posible, desde la revelación poética. Conectar con lo “otro”, con el misterio, con las entrañas, a través de la piedad.

El profundo sentimiento religioso de María Zambrano se vertebra en un discurso poético-filosófico. Nuestra autora trata de realizar una síntesis entre filosofía, poesía y religión, tres aspectos que aparecen interrelacionados en su obra, de tal manera que configuran su peculiar visión de la realidad. Aquí radica el atractivo que ofrece su planteamiento integrador pero también la dificultad a la hora de encuadrar su discurso en el ámbito estrictamente filosófico. El propósito que persigue María Zambrano que, en definitiva, consiste en rescatar metafísicamente, y sirviéndose de un lenguaje poético, la realidad originaria de lo sagrado para el ser del hombre, encuentra resistencias en el lenguaje, ya que se trata en cualquier caso de nombrar lo innombrable. Fundamentalmente en “*Claros del bosque*” y en “*De la Aurora*” trata de llevar a efecto esta pretensión a través de un discurso enigmático y sugerente pero de difícil intelección.

En “*Claros del bosque*” se propone materializar su propósito de expresar poéticamente el ser. Más allá de la razón discursiva, su palabra quiere llegar a ese claro, en el que a veces es difícil penetrar, y donde el ser se nos da como revelación. Para ello se precisa de una palabra, todavía balbuciente, que no esté adulterada por la intención del decir. Toda la obra de María Zambrano constituye un intento de expresar, de la única manera que es posible, es decir poéticamente, este “*ser escondido*” en la penumbra. Ser originario, sueño, verdad y revelación, se unifican en un discurso que anun-

(44) Ana Bundgard, “*Más allá de la filosofía*”, Editorial Trotta, Madrid 2.000, pág. 387.

cia un despertar como un nuevo nacimiento:

Pues la verdad llega, viene a nuestro encuentro como el amor, como la muerte y no nos damos cuenta de que estaba asistiéndonos antes de ser percibida, de que fue ante todo sentida y aun presentida. Y así, su presencia es sentida como que al fin ha llegado, que al fin ha aparecido. Y que esta su aparición se ha ido engendrando oscura, secretamente, en lo escondido del ser en sueños, como promesa de revelación, garantía de vida y de conocimiento, desde siempre. (María Zambrano, "*Claros del bosque*" Cátedra, Madrid 2011, pág. 137)

¿Consigue María Zambrano su pretensión? De la respuesta que demos a esta pregunta se deriva en parte la estimación que otorguemos a su planteamiento filosófico. Partiendo de que María Zambrano desarrolla un discurso filosófico, e ignorando en consecuencia cualquier concepción purista y reduccionista de lo filosófico, entendemos que pese a las grandes dificultades con que tropieza nuestra autora, a la hora de materializar verbalmente su discurso, es capaz de ofrecernos una antropología trascendente del ser humano que resulta convincente, al margen de creencias religiosas de carácter particular. Aunque, en este punto existen lógicamente discrepancias, como la mantenida por Ana Bundgard.

La escritura transgenérica de la razón poética no consigue en nuestra opinión su objetivo comunicativo. Transmitir estéticamente y filosóficamente la presencia de lo sagrado como experiencia mística es una aporía que sólo un verdadero alquimista del lenguaje logra atravesar con éxito." (Ana Bundgard, "*Mas allá de la filosofía*", Editorial Trotta, Madrid 2.000, pág. 468)

Es cierto que no es fácil universalizar una experiencia mística que, en definitiva, tiene un carácter personal, y que esta pretensión puede chocar con obstáculos de toda índole. Pero más allá de posicionamientos que puedan resultar favorables o no

en virtud de criterios legítimos, es preciso reconocer que el ambicioso proyecto de María Zambrano constituye ya una manifestación filosófica de primera magnitud. Aunque el lenguaje en ocasiones se resista, aunque la palabra a veces se niegue a participar de los códigos del discurso inteligible, pese al carácter fragmentario del discurso, o quizás por ello, y pese a que resulte un discurso “contaminado” por elementos extrafilosóficos, o quizás por ello, posee un interés creciente en el actual panorama filosófico.

Partiendo de la tradición y siendo la suya una visión fundamentalmente esencialista, se proyecta en una metafísica de carácter experimental. María Zambrano se incorpora a las nuevas tendencias integradoras del pensamiento, sin renunciar al rigor argumentativo e incorporando al mismo tiempo todo el entusiasmo del lenguaje metafórico. Todo ello hace de María Zambrano alguien que, participando de lo mejor del pensamiento filosófico español del siglo XX, se incardina en las nuevas corrientes del pensamiento europeo y que por lo tanto marca nuevos cauces en la evolución de la filosofía.

4. CONCLUSIONES:

La obra de María Zambrano es extensa y en algunos casos, ya lo hemos comentado, de difícil acceso. Necesariamente, y por razones obvias, hay territorios en los que no hemos penetrado y algunos otros por los que hemos pasado de puntillas. Pero el tema de la razón poética es lo suficientemente central como, para al menos, haber intentado dar una visión de conjunto de las principales líneas de su pensamiento, ya que como señalábamos en la presentación, vertebra y sirve de hilo conductor a la mayor parte de su obra. Hemos procurado detenernos, en mayor medida, en aquellos territorios que nos parecen fundamentales dentro de su discurso y sin los cuales no se entendería en qué consiste la razón poética.

En la presentación inicial señalábamos algo que ya casi se ha convertido en un tópico: la singularidad de la obra de María Zambrano. Sin embargo no podemos por menos de insistir en este aspecto que creemos fue causa de su olvido durante mucho tiempo y curiosamente de su recuperación posterior. Decimos curiosamente puesto que no se trata de una obra de lectura fácil, ninguna obra filosófica lo es, pero en el caso de María Zambrano presenta algunas dificultades añadidas, como es el incorporar al lenguaje filosófico elementos poéticos que dificultan su comprensión, así como también la propia temática que aborda en su discurso y su deriva hacia el terreno de la mística. Aspectos todos ellos que no favorecen, en principio, un acercamiento a su obra. Es precisamente este carácter singular lo que ha llevado a cuestionarse, en algunos casos, si nos encontramos en el terreno de lo filosófico o bien en un ámbito “más allá” de lo filosófico. La respuesta vendrá dada en función de lo que entendamos por filosofía, precisamente un aspecto central de la obra de María Zambrano es la crítica a la tradición filosófica occidental que se ha decantado por una concepción restrictiva de lo filosófico. La identificación de la filosofía con la razón discursiva, con la construcción sistemática y lógica de un discursar mutilado que se niega a la realidad plural, excluiría del campo de la filosofía no solamente la obra de María Zambrano, también la de otros autores significativos y de los cuales nadie duda ya de su pertenencia al universo filosófico.

El vasto proyecto de María Zambrano se nutre de palabras reveladoras, pues revelador es todo su proceder filosófico de comunión con la poesía como única forma de hacer explícita la verdad. Cada filósofo tiene su modo de decir, el de María Zambrano se aparta de lo que “corrientemente” se suele entender por filosofía, pero en ningún caso se trata de una huida de la filosofía, sino de trascender unos límites impuestos, llegar más lejos dentro de lo filosófico a través de la palabra poética que es capaz de rescatar un logos que se oculta en la penumbra. Sea como fuere y estando, en mayor o menor medida, en sintonía con sus planteamientos y con su forma de llevarlo a efecto, es justo reconocer que María Zambrano no deserta de lo filosófico pero sí de una forma de entender lo filosófico. Su apuesta no es por la huida de la razón para integrarse en otros ámbitos sino ensanchar la razón, buscar “otra razón” que sea más flexible ante

una realidad que se resiste a la lógica. En este sentido y fundamentalmente en la manera de llevar a efecto su propósito filosófico es donde, entendemos, radica el interés de una obra que partiendo de la tradición se dirige hacia una metafísica de carácter experimental.

Al abordar el pensamiento de María Zambrano y tratar de hacer un análisis del mismo surge el inconveniente principal de sistematizar un discurso que, por su propia naturaleza, se desarrolla de manera dispersa y fragmentaria. Pero hay que tener en cuenta que en todo caso es el carácter que le conviene a un discurso que lleva a cabo una crítica de la razón discursiva y sistemática que es la que ha prevalecido en la filosofía occidental. Por lo tanto se trata de una forma deliberada de hacer filosofía, no solamente crítica en cuanto a sus planteamientos de fondo sino también en cuanto a sus desarrollos formales.

Crítica de la cultura occidental, recuperación de la poesía para el discurso filosófico, religiosidad en el más amplio sentido de la palabra...son aspectos que configuran su pensamiento y que contribuyen a la elaboración de una antropología comprensiva del ser humano. Algunos de estos aspectos, ya lo hemos señalado, no son novedosos fuera de nuestras fronteras, véase Nietzsche, Heidegger...otros sin embargo si lo son. Las influencias de ciertos autores son claras, en el caso de Ortega y Gasset no siempre ha existido acuerdo sobre una relación que, pese a los desencuentros inevitables y a las discrepancias lógicas, fue cordial. María Zambrano mantuvo hasta sus últimos días una opinión muy favorable sobre Ortega y Gasset y las citas a su obra fueron constantes prácticamente en todos sus títulos. A veces, por parte de ciertos "incondicionales" de María Zambrano que han tratado de resaltar su autonomía respecto al pensamiento de su maestro, se han vertido críticas desconsideradas hacia Ortega y Gasset, ignorando estas voces críticas que los propósitos de Ortega eran muy otros a los pretendidos por su discípula. María Zambrano fue muy consciente de las diferencias existentes entre ambos, lo cual no quita para que siempre se considerase deudora de ese "logos del Manzanares", al que nunca renunció.

El proyecto de María Zambrano es personal y nace de una experiencia que no es fácilmente comunicable, de ahí que el acercamiento a su obra implique a priori una actitud, una predisposición favorable. Es precisa una empatía con la autora y con su obra ya que en muchos casos no existe una pretensión de convencer con argumentos, sino más bien de “guiar”, de sugerir. La palabra poética, la metáfora, nos revelan la verdad oculta sin pretender imponernos nada. Solamente si existe una comunión, un compartir esa visión de la realidad, se puede pretender el participar cordialmente de un pensamiento revolucionario en el más estricto sentido de la palabra. Pues revolucionaria es su crítica y transgresora de los parámetros que se venían utilizando en el campo filosófico sobre todo en España.

Por todo lo dicho, entendemos que la obra de María Zambrano abre nuevas perspectivas de cara a futuros desarrollos filosóficos. Su apuesta por una manera más generosa de entender lo filosófico invita a explorar nuevos territorios donde el sentir no esté excluido del pensar. Frente a una concepción anquilosada de la filosofía que restringe el ser al pensar, surge una propuesta que entiende la filosofía como un saber integrador que abarca todas las dimensiones del ser humano, incluidas aquellas que se resisten a la conciencia y que nos constituyen en la sombra.

BIBLIOGRAFÍA:

- Obras de María Zambrano

- “*El sueño creador*”, Turner, Madrid 1986.
- “*Los intelectuales en el drama de España*”, Edit Anthropos. Barcelona 1.986.
- “*La tumba de Antígona*”, Madrid, Mondadori, 1989.
- “*Delirio y destino*”. Mondadori, Madrid, 1989.
- “*Los bienaventurados*”, Ediciones Siruela, Madrid 1.990.
- “*Filosofía y poesía*” Fondo de cultura económica, Madrid 1.993.
- “*De la Aurora*” Tabla rasa, Madrid 2004.
- “*El hombre y lo divino*” Fondo de cultura económica, Madrid 2007.
- “*Algunos lugares de la poesía*” Editorial Trotta. Madrid 2007.
- “*Hacia un saber sobre el alma*”. Alianza editorial, Madrid 2008.
- “*Las palabras del regreso*”, Cátedra, Madrid 2009.
- “*Claros del bosque*” Cátedra, Madrid 2011.
- “*Notas de un método*”, Tecnos, Madrid 2011.

- Bibliografía secundaria

- Abellán, J.L., *Tres figuras del desgarro: refugiado, desterrado, exiliado. Homenaje a Alain Guy* (coord. J.M. Romero Baró), Barcelona, Universitat de Barcelona, 2005.
- Aranguren, J.L.L., “*Los sueños de María Zambrano*”, *Revista de Occidente* (Madrid), Año IV, 2.^a época, Nº 35, Febrero 1966.
- Aranguren, J.L.L., “*Filosofía y poesía*” en *el pensamiento de María Zambrano*”. Papeles de Almagro, Madrid, Zero-zyx, 1.983.
- Borges, J.L., “*La cifra*”, Alianza Tres, Madrid 1.981.
- Bundgard, A., “*Más allá de la filosofía*”, Editorial Trotta, Madrid 2.000.

- Cernuda, L., *“Pensamiento poético en la lírica inglesa del siglo XIX”*, Tecnos, Madrid, 1986.
- Ferrater Mora, J., *“España y Europa”*, Santiago de Chile, 1.942.
- Fink, E., *“La filosofía de Nietzsche”*, Alianza universidad, Madrid 2.000.
- Gadamer, H-G., *“Estética y hermenéutica”*, Tecnos, Madrid 2001.
- Gadamer, H-G., *“Arte y verdad de la palabra”* Paidós, Barcelona 1998.
- Heidegger, M., *“Carta sobre el humanismo”*, Alianza Editorial, Madrid 2.000.
- Heidegger, M., *“El origen de la obra de arte”* en *“Arte y poesía”*, Fondo de cultura económica, México 2005.
- Heidegger, M., *“Hölderlin y la esencia de la poesía”* en *“Arte y poesía”*, Fondo de cultura económica, México 2005.
- Jiménez, J.R., *“Eternidades”* en *“Segunda Antología poética”*. Editorial Austral. Madrid 1.969.
- Machado, A., *“Nuevas canciones y De un cancionero apócrifo”*, Madrid, Castalia, 1971.
- Moreno Sanz, J., *“La razón en la sombra: antología crítica”*, Madrid, Siruela, 2004.
- Nietzsche, F., *“Así habló Zaratustra”* Ediciones RBA, Barcelona 2002.
- Ortega y Gasset, J., *“Las dos grandes metáforas”* en *“El espectador”*, Biblioteca nueva, Madrid 1985.
- Paz, O., *“José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué, en Hombres en su siglo”*, Barcelona Seix Barral, 1990.
- Rocha Barco, T., *“María Zambrano: la razón poética o la filosofía”*, Tecnos, Madrid, 1998.
- Savignano, A., *“María Zambrano: la razón poética”*, Comares, Granada 2005.
- Sevilla, S., *“María Zambrano: la razón poética o la filosofía”*. VV.AA, Tecnos, Madrid 1998.
- Steiner, G., *“La poesía del pensamiento”*, Ediciones Siruela, Madrid 2012.
- Suances Marcos, M., *“Historia de la filosofía española contemporánea”* Síntesis, Madrid 2010.
- Unamuno M, de., *“Del sentimiento trágico de la vida”*. Ediciones folio, Barcelona 2002.